3 — Dup

TEATRO

ANTIGUO ESPAÑOL.

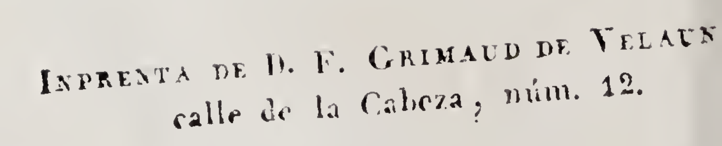
COMEDIAS ESCOJIDAS.

Entrega 2.ª

Se vende en las librerias de Alegria calle de carretas n. 8 y de Denné c. de Jardines n. 17 cuarto principal.

Pérez

TEATRO
ANTIGUO ESPAÑOL.


INPRENTA DE D. F. GRIMAUD DE VELAUN
calle de la Cabeza, núm. 12.

LA

DONCELLA DE LABOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DEL

Dr. D. JUAN PEREZ DE MONTALVAN



MADRID.

erías: de don José Alegría, c. de Carretas, 8,
y de Denné y c.ª, c. de Jardines, 17.

1837.



........Pues Doña Ana de Gamboa, mi Señora. | os suplica que os á aquella casa de

Act. III

PERSONAS.

D. Diego de Vargas.

D. Cesar.

D.ª Isabel de arellano.

D.ª Elvira de rivera.

Monzon, *criado de don Diego.*

Lucia, *criada de doña Elvira.*

Ines, *criada de doña Isabel.*

Julio, *escudero de doña Isabel*

Tristan, *criado de don Cesar.*

Un criado de doña Isabel.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

SALA DE CASA DE DON DIEGO.

ESCENA PRIMERA.

Don DIEGO, y don CÉSAR con una espada desnuda en la mano.

D. CÉSAR.

Esta hoja es un diamante,
porque es del mejor maestro,
mas acertado, y mas diestro
que tuvo el Tajo.

D. DIEGO.

Adelante,
que ya la señal lo muestra.

D. CÉSAR.

Mas pienso que es algo corta,
y asi por si acaso importa,
trocádmela por la vuestra,
que me hareis un grande gusto.

D. DIEGO.

Ya sabeis mi voluntad,
esta es mi espada, tomad. (Se la da.)
César tiene algun disgusto. (Aparte.)

D. CÉSAR.

Aquesto solo queria.
A Dios.

D. Diego.

Escuchad primero:
por amigo, y caballero,
ha sido obligacion mia
daros, don César, la espada,
mas por honrado no puedo,
aunque la espada os concedo;
que estará en vos tan honrada,
dejar que de aqui salgais,
por lo que importa á los dos,
sin irme César, con vos,
ó saber á donde vais;
que dejaros ir así
siendo tal nuestra amistad,
en vos fuera sequedad,
y bajeza fuera en mí.
Y no tengo de querer,
cuando sé que á reñir vais,
que vos ingrato seais,
ni yo, cual ruin proceder.

D. César.

Despues sabreis el suceso:
hacedme aquesta merced.

D. Diego.

Iréme con vos.

D. César.

Tened,
porque no puede ser eso.
Deciros á lo que voi
es justo, siendo mi amigo,
mas dejaros ir conmigo
no puedo siendo quien soi.
Un deudo mio ha tenido
con un hombre cierto enfado,
y en fin, se han desafiado,
y entre los dos convenido,
que un amigo ha de llevar

de su parte cada uno:
si hubiera de ir otro alguno,
yo os viniera á suplicar
que os vinierades conmigo,
mas ir tres donde van dos,
ni á mi me está bien, ni á vos:
y asi, pues qne sois mi amigo,
quedad por los dos aquí,
que ir al campo con ventaja
en vos fuera cosa baja,
y fuera desaire en mí;
y no es justo que querais
por querer ir á mi lado,
que yo quede desairado,
ni vos de quien sois perdais:
y asi que os quedeis os pido,
pues que vamos hombre á hombre.

D. Diego.

César sois, ya con el nombre
parece que habeis vencido,
y pues que vencido habeis
ya desisto de ir con vos.
Dios os guarde.

D. César.

A Dios.

D. Diego.

A Dios.

D. César.

Presto el suceso sabreis.

ESCENA II.

Don Diego y Monzon.

Monzon.

Yo vengo á linda ocasion,

que ya don César se va.

D. DIEGO.

Pena, y no poca me da
el suceso. ¿Qué hai Monzon?

MONZON.

Aguardando que se fuera
don César he estado una hora,

D. DIEGO.

¿Pues qué quieres?

MONZON,

Mi señora
doña Elvira de Rivera
ahora de dueña, y de tia,
para gozar de la noche,
sola, hermosa, y en un coche,
como quinola con guia,
te está esperando en el prado;
pero parece que estás
sin gusto.

D. DIEGO.

En lo cierto das,
porque va desafiado
don César.

MONZON.

¡Grave desdicha!

D. DIEGO.

Claro está, porque es salir
resuelto un hombre á morir,
ó si tiene mejor dicha,
á matar á su enemigo,
que viene á ser malo todo.

MONZON.

Malo es morir de ese modo,
mas tambien, la verdad digo,
que quien muere de esa suerte

se escusa de muchas cosas
mui cansadas y enfadosas.

D. Diego.

¿Qué dices?

Monzon.

Que si la muerte
presurosa, no tuviera
para el alma detrimento,
un hombre de bien, pudiera,
por no hacer su testamento
pedir en abreviatura
su muerte; porque en llegando
á escribirse el item mando
el cuerpo á la sepultura;
el mayorazgo á mi hijo;
la tercia parte á mi esposa,
que es honesta y virtuosa,
aunque mienta quien lo dijo.
Item mas, á mi criado
todo el salario corrido;
á mi amigo tal vestido;
al doctor que me ha curado
una taza de beber;
á mi esclavo libertad
por la buena voluntad
que me ha mostrado tener.
Verás que el amor se trueca
en ambicion descortés,
porque en llegando á interés
el mas ajustado peca,
y si el triste pide pisto,
dicen que no es de importancia,
y en lugar de la sustancia,
su suegra le trae un Cristo.
Cuando ya con fuerzas pocas
algo pregunta prolijo,
mayorazgo, dice el hijo,

la mujer responde, tocas,
el fraile ya no se queja,
el deudo, traigan la cruz,
el sastre, aquí está el capúz.
el cura, ¿qué misas deja?
el criado, hoi me despido,
el médico, taza y cama;
el esclavo, horro Mahoma,
y el amigo, mi vestido.
Así, por no ver aquesto,
entre el hijo y la mujer
que si lloran es por ver
que no les despena presto:
digo que dicha será,
cual martir de Berbería,
morir por ensalmo un dia;
pues siendo así no verá
de la mujer la malicia,
el fruncimiento en el hijo,
del esclavo el regocijo,
y de todos la codicia:
mas si no me engaño, allí
parece que oigo rumor.

D.ª Isabel.

Llamad á vuestro señor, (D
ó decidle que está aquí
una aflijida mujer.

D. Diego.

¿Una mujer es que está
buscándome?

Monzon.

¿Quien será?

D. Diego.

Yo no he menester saber,
si no que á mi me buscó,
y que trae algun pesar;

dí que la dejen entrar.

MONZON.

¿Para qué? si ella se entró.

ESCENA III.

os mismos, y doña ISABEL DE ARELLANO con
anto y sin chapines mui alborotada, é INÉS
con los chapines de su ama en la mano.

D.ª ISABEL.

Pues sois señor principal,
ó el traje al menos lo dice,
amparad una infelice,
que huyendo de mayor mal.
se viene á valer de vos,
contra el rigor de un marido
que celoso y ofendido
me viene siguiendo ¡ai Dios!
para quitarme la vida,
con sus deudos y parientes,
nobles todos y valientes.

D. DIEGO.

Ya tendreis quien se lo impida:
mas decidme, ¿es la ocasion
mui apretada?

D.ª ISABEL.

Es tan fuerte,
que solo puede mi muerte
restaurarle la opinion,
no importa que parte os dé
de todo estando tapada,
porque siendo yo casada
ciegamente me arrojé

á querer á un caballero,
con estrella tan cruel,
que me halló agora con lé,
aunque saltando lijero
por los hierros de un balcon,
mientras iban á buscalle,
salir pude yo á la calle,
si bien con tal turbacion,
que por prisa que me dí,
mi esposo á verme alcanzó
y á satisfacer bajó
toda su cólera en mí;
hasta que en tan triste estado,
huyendo de él, al volver
de esa esquina, pude hacer
de vuestra casa sagrado.
Yo no sé si mi marido
me vió entrar, que si me vió,
mi fin sin duda llegó:
mas si acaso ha sucedido
que con la noche me errase,
y pensando ¡muerta estoi!
que la calle arriba voi,
adelante se pasase
con sus deudos y su jente.
Hacedme tanta mercé
que en vuestra casa me esté
por dos horas solamente,
que despues yo tengo donde
estar con seguridad.

D. Diego.

Lo que mi noble piedad,
no os aflijais, os responde,
es, que podeis hacer cuenta
que libre y segura estais
de cuantos miedos podaìs
recelar en vuestra afrenta,

aunque me sepa perder.

D.ª Isabel.

Sois principal.

D. Diego.

Soi un hombre
en la corte de buen nombre,
y sé lo que debo hacer,
y asi estad con desenfado
mientras la calle paseo,
que si acaso en ella veo
cosa que nos dé cuidado,
volveré al punto dispuesto
á hacer cuanto me mandeis,
hasta que segura esteis:
y si no hai nadie, supuesto
que de estaros en mi casa
gustais, despues volveré,
y en todo obedeceré
vuestro gusto.

D.ª Isabel.

Ya esto pasa
aun mas allá de clemencia,
mas si así ha de ser, señor,
pues me haceis tanto favor....

D. Diego.

Decidlo.

D.ª Isabel.

Con advertencia
de que nadie me he de ver.
ni ha de entrar donde estuviere,
fuera de vos, sea quien fuere.

D. Diego.

Así lo prometo hacer,
y para que esteis mas cierta,
y vuestra duda se acabe,
esta es del cuarto la llave; (Se la da.)

cerrad por dentro la puerta,
y estando solas las dos,
abrireis cuando querais.

D.ª Isabel.

En todo quien sois mostrais.

D. Diego.

Dios os guarde.

D.ª Isabel.

Guardeos Dios.

Monzon.

¿La llave las dejas?

D. Diego.

Sí.

Monzon.

Plegue á Dios no sean del trato,
y carguen con todo el ato
mientras volvemos aquí.
Porque ya en Madrid ha habido
mujer de aquesa manera
que ha entrado, y red verdadera
de muchas cosas ha sido.

D. Diego.

Esto es ser, Monzon, cortés.

Inés.

Es el valor como el talle. (Aparte.)

D. Diego.

Vamos á mirar la calle,
y á ver á Elvira despues.

ESCENA IV.

Doña Isabel é Inés.

D.ª Isabel.

¿Fuéronse ya?

INES.

Si señora.

D.ª ISABEL.

Dame los chapines presto.

INES.

Aquí están.

D.ª ISABEL.

Bien se ha dispuesto.

INES.

Mas no me dirás ahora;
pues jamás de mí encubriste
hasta el menor pensamiento,
¿con qué fin, ò con qué intento,
á un hombre que apenas viste
le cuentas que eres casada,
que tu marido te halló
con otro, que le siguió
desnuda la limpia espada,
que lijero tu galan
se arrojó por el balcon,
que tú, con la turbacion,
con el susto y el afan,
bajaste por la escalara,
metiéndote por el lodo,
siendo, como sabes, todo
mentira, engaño y quimera;
pero tan bien ordenada,
con tal arte y tal compas,
que con saber que jamás
fuiste, señora, casada,
sin dolor y sin sentido,
tus vivos afectos viendo,
volví á la puerta temiendo
que viniese tu marido;
porque quien con tal piedad
se quejaba lastimosa,

parece imposible cosa
que no dijese verdad.

D.ª ISABEL.

Porque es fuerza que te haga
novedad mi pensamiento,
y por que tu entendimiento
en todo se satisfaga,
escúchame, y brevemente
verás tú el desengaño
de este ardid el fin estraño.

INES.

Ya te escucho atentamente.

D.ª ISABEL.

Yo nací, como sabes, en Plasencia;
sola en mi casa, y con seis mil ducad
de renta cada un año, que es mi heren
que no son pocos siendo bien pagados
de un pleito la forzosa dilijencia
me puso con mi casa y mis criados,
en la corte, mi padre ya difunto,
mas esto ya lo sabes, voi al punto.
No es tan duro el diamante cuando b r
pues rozado con otro se enternece;
no es tan áspero el mas silvestre tronco
pues ya por los abriles, reverdece,
ni el mar que de dar voces está ron
á la vista tan rijido se ofrece,
como mi corazon, y en un instante
ni fue mar, ni fue tronco, ni diama
¿No has visto descender un arroyuel
sudando de luchar con un peñasco,
cuyo alfanje de perlas, y de yelo,
cruzó la cara al globo de damasco:
y que bajando desde el monte al sue
á los pies detenido de un carrasco,
la cólera reporta, siendo á veces
inmobil vidriera de los peces?

Pues asi mi desden, que allá en su esfera
de mármol al amor, y mudo á el ruego,
cuanto encontró sobervio en la carrera
pisó, desbarató y abrasó ciego.
De Madrid en tocando la rivera
abrió los ojos, conoció á don Diego,
confésole galan, rindióle el alma,
y como allá el arroyo, quedó en calma.
En un caballo que los pies ponia
tan bien sobre la yerva que peinaba,
que apenas su melindre lo sentia,
con que del aire á veces se quejaba,
porque usando á su modo cortesia
con las flores del prado donde estaba,
sin ajarles el nácar del vestido,
el polvo les limpiaba recibido.
Iba don Diego ¡ai cielo! tan brioso,
que me obligò á pararme, y á escuchalle,
por ver si era discreto como airoso,
que tal vez riñe el alma el talle:
mas anduvo tan cuerdo y jeneroso,
que parece que el cielo al bosquejalle
trocó las suertes, y le dió el agrado,
que estaba para algun desaliñado.
Como el leon, que en la primera fiebre
estraña aquel incendio que le aqueja
y cual si fuera un conejuelo ó liebre,
remolina en el suelo la guedeja:
asi mi corazon, porque se quiebre
la lei, que á ser ingrata me aconseja,
como era nuebo aquel calor que via,
forcejaba á estorbarle, y no podia.
Mas buscando remedio al accidente,
porque del alma el pulso le tuviera,
dí en dudar si don Diego era valiente,
como si el ser quien es no lo dijera;
que es mi espíritu tal, que solamente
con que supiera que cobarde èra,

aunque con lo demas me enamorara
en mi vida á la cara le mirara.
Y asi para salir de aquesta duda,
con finjido ademan, con voz turbada,
aflijida, mortal, medrosa, y muda,
ciega, despavorida, y alterada,
pidiendo entre favor, socorro, ayuda,
á su sangre, á su aliento, y á su espada,
y porque yo volviese mas perdida
me dió el favor, y me quitó la vida.

INES.

Notable intencion ha sido.
mas ya que don Diego és
valiente como cortés,
y galan como entendido,
¿Qué falta ha de hacer aqui?

D.ª ISABEL.

Estando de esta manera,
lo que falta es que me quiera,
ya que por mi bien le ví.

INES.

¿Y de César, qué has de hacer,
que como ves te enamora,
te sirve, obliga y adora?

D.ª ISABEL.

Si no le puedo querer,
lo que he de hacer, ¡pena fuerte!
es, procurar que su fuego
se pase todo á don Diego.

INES.

Y mientras que vuelve á verte,
¿qué has de hacer?

D.ª ISABEL.

Abrir su cuarto
y verlo todo mui bien.

INES.

Plegue al cielo que con bien
salgamos de aqueste parto.

D.ª ISABEL.

¿Pues qué temes?

INES.

Que al volver
de Tarquino imite el nombre.

D.ª ISABEL.

No hai fuerza, Ines, en el hombre
sino quiere la mujer.

ESCENA V.

DECORACION DE CAMPO.

Don DIEGO, doña ELVIRA, y MONZON.

D. DIEGO.

Di que se aguarde el coche,
pues que gozar del fresco de la noche
quiere á pie doña Elvira.

MONZON.

Ya junto aquella fuente se retira.

D.ª ELVIRA.

Bueno está el prado.

MONZON.

Bueno,
si no hubiera catarros, ni sereno.

D.ª ELVIRA.

Cosas tienes de viejo en el regalo.

MONZON.

Años tengo, señora, que es lo malo:

mas dejemos aquesto
por triste, por cansado, y por molesto;
y decidme entre tanto que nos vamos,
pues que solos estamos,
como os va del amor y sus estremos.

D. Diego.

Hasta ahora, mui bien, pues nos queremos
sin celos, sin disgustos, ni pesares,
que del fuego de amor son los azares.

Monzon.

¿Sin celos hai amor? No me conformo.

D. Diego.

Tú te conformarás, si yo te informo.

D.ª Elvira.

Solo para escucharte,
lo que vas á decir, mandé llamarte.

Monzon.

Ya espero la respuesta.

D. Diego.

Pues la respuesta de tu duda es esta.
A un caballero de esta corte amaba.....

D.ª Elvira.

Es verdad.

D. Diego.

Y cuando estaba
mas descuidado vino este cuidado.

D.ª Elvira.

Dilo de presto, pues que ya es pasado.

D. Diego.

Enamoró á otra dama.

D.ª Elvira.

Y yo atenta á mi nombre, y á mi fam
me resolví celosa y ofendida
á no velle en mi vida,
ni consentille hablar en nuestras bodas

al fin salí con ello, que si todas
aquesto mismo hicieran
cuando su agravio, ó su desprecio vieran,
yo sé bien que los hombres no agraviarán
con tanto desahogo á quien amaran.
Mas si luego á su ruego nos rendimos,
y aun perdonamos mas de lo que vimos:
¿qué mucho que repitan los agravios,
en fé de nuestro amor, y de sus labios?
Esto es cuanto á mi amor, y el de mi amante:
pasa agora adelante,
y dí lo que pasó despues contigo,
que importa mas.

D. Diego.

Pues digo,
que estando yo tambien por mal pagado
casi es el mismo estado
que Elvira, pues amaba,
á quien amando en otra parte estaba,
nos juntamos los dos para quejarnos,
mientras que no pudiesemos amarnos:
y en fin nos convenimos,
que con el tiempo mejorar nos vimos,
en que adelante nuestro amor pasemos,
y nos quejaramos sin hacer estremos,
escarmentando, en el amor pasado,
para no consentir otro cuidado;
y asi huyendo comunes necedades
de vender por mentiras las verdades,
viene á ser como esgrima el amor nuestro
donde con pulso diestro,
con arte, ciencia, y gala,
la herida solamente se señala,
que entre los diestros, leyes son sabidas,
que no han de ejecutarse las heridas,
con lo cual ella alegre, yo gustoso,
ni perdemos el tiempo, ni el reposo:

y si alguno le pierde en la batalla,
como yo que la adoro, sufre y calla, (Ap.
siendo nuestro cuidado,
sino el mas fino el mas acomodado,
que es la primera vez que un hombre que am
ni da, ni pide celos á su dama.
Colije agora tú de estos desvelos,
si puede haber amor donde hai celos.

MONZON.

¿A qué ese no es amor?

D.ª ELVIRA.

Aparta ahora.

MONZON.

Colérica responde esta señora. (Ap.)

D.ª ELVIRA.

Al principio es verdad que ese contrat
hizo nuestro descuido; pero el trato
el contrato deshizo ¡ai de mi triste!
que con el trato nadie se resiste.
Una piedra se gasta
si el agua muchas veces la contrasta:
su fuerza un metal pierde
si el buril, ó cincel le pule, ó muerd
ríndese un bronce luego,
si el martillo le busca junto al fuego:
desmantélase un muro,
si el tiempo le persigue mal seguro:
y hasta un monte caduca,
si el aire por el centro le trabuca
con diáfana espada:
¿pues que mucho que yo desesperada
me viniese á rendir, hablando y viendo
un hombre á todas horas, y no siendo
aunque mi ser mas alto se remonte,
piedra, hierro, metal, castillo ó monte?
Esto es decir don Diego que te quiero
y que con tus frialdades desespero,

y asi déjalas ya por vida mia,
que aquese tú desprecio es groseria.
Dirás que fue mandato, y yo respondo
con el fuego que escondo,
y lo conoces tú pues cuerdo eres,
que muchas cosas mandan las mujeres
que viene á ser desaire para ellas,
teniéndolas amor obedecellas,
porque mas es desprecio que cordura,
obedecellas contra su hermosura.
Y asi yo me resuelvo á que me quieras
como sueles de veras,
y no queriendo desde luego puedes,
de mi amor, de mi casa, y mis paredes
despedirte don Diego,
que aunque es mucho mi fuego,
soi mujer, como sabes, de manera,
que aunque morir me viera,
primero me dejara
morir, que dar licencia á que me hablara
un galan, por mi mal, tambien mandado,
y tan acomodado,
en el amor que tiene,
que pienso cuando á visitarme viene,
segun el juego de su amor entabla,
que don Domingo, de don Blas me habla.

D. Diego.

¿Tú enojada mi bien? señora mia,
¿esto es hacer mayor mi groseria?

Monzon.

Tiene razon.

D. Diego.

Confieso,
que en parte ha sido mi obediencia esceso;
peró si mi obediencia díote enojos,
pudieras despicarte con mis ojos;

pues con ellos á voces te decia,
que sin mi voluntad te obedecia:
porque aunque al parecer disimulaba,
de parte allá del pecho te adoraba,
y temiendo perderte,
te amaba para mí, por no perderte;
pero ya que te escucho, ¡ai dueño hermoso!
que soi tan venturoso,
alma, vida, potencias, y sentidos,
pongo á tus pies, de tu beldad rendidos.

D.ª Elvira.

Ahora si don Diego, que sin miedo
el alma con los brazos darte puedo.

D. Diego.

Yo siempre tuyo he sido,
aunque el alma encubierto lo ha tenido.

D.ª Elvira.

Asi estarás pagado, y yo segura.

D. Diego.

¡Qué dicha!

D.ª Elvira.

¡Qué centento!

D. Diego.

¡Qué ventura!

D.ª Elvira.

Esto si que es querer, piadosos cielos.

D. Diego.

Esto si que es vivir, aunque haya celo

D.ª Elvira.

Yo soi tuya, bien mio.

D. Diego.

Y yo esclavo tambien de tu alvedrio. (*

(*) Abrazans

MONZON.

Y yo con bendiciones á puñados
digo, que Dios os haga bien casados:
mas advertid tambien que es media noche,
y no parece en todo el prado el coche.
¿Qué respondes, señor?

D. DIEGO.

Que á Elvira espero.

MONZON.

¿Quieres irte?

D.ª ELVIRA.

Primero,
si hubiese en que, querria
beber, Monzon, de aquella fuente fria.

D. DIEGO.

¿Traes barro?

MONZON.

Bueno es esto.

D. DIEGO.

Pues no importa,
de aqui á mi casa la jornada es corta,
y si por ella gustas de pasarte,
agua y dulces habrá.

D.ª ELVIRA.

Quiero pagarte
el gusto que me has dado,
con ir hasta tu casa.

MONZON.

El se ha olvidado
sin duda de la dama, (Aparte.)
que de él vino á ampararse: aqui me llama
lo de comí su pan: señor.

D. DIEGO.

¿Qué quieres?

Bien se conoce que díscreto eres (Aparte).
en lo de sin memoria, pues te olvidas
de las damas que dejas escondidas.

D. DIEGO.

Vive Dios que es verdad ¿mas ya que haremos?

MONZON.

Escusarla que vaya, pues, podemos.

D. DIEGO,

¿Y si acaso se queja?

MONZON.

Eso á mi me lo deja.

D.ª ELVIRA.

¿No vamos?

MONZON.

No, que mas galanteria
es ir á la primer confitería,
y saquearla toda.

D. DIEGO.

Bien has dicho.

MONZON.

Soi hombre en todo de jentil capricho.

D.ª ELVIRA.

No ha dicho tal, que es bárbara locura
pensar que estimo yo la confitura
para beber ahora:
dulces habrá en tu casa, ¿quién lo ignora?
y eso querrá en tu casa quien se abrasa.

MONZON.

Amargarán los dulces que hai en casa.

D.ª ELVIRA.

¿Pues porqué?

D. DIEGO.

Calla necio;

tu gusto Elvira, mas que mi honor precio.

D.ª Elvira.

No don Diego, algo ha sido
lo que Monzon, te murmuró á el oido.

D. Diego.

Es verdad, y negártelo queria
por no asustarse; pero ya seria
mucho peor negarlo.

D.ª Elvira.

Fuera cierto.

D. Diego.

Por eso yo de la verdad te advierto:
don Cesar, aquel grande amigo mio,
ha salido esta noche á un desafio,
dijómelo Monzon, y yo quisiera
si licencia me diera
tu amor, ir á su casa
para saber de cierto lo que pasa:
esto fué por mi vida.

D.ª Elvira.

Esto es engaño,
pero aqui menos daño (Aparte.)
es callar ofendída,
que darme con los dos por entendida,
que á su tiempo yo haré lo que convenga,
para que todo á declararse venga.

D. Diego.

¿Qué dices?

D.ª Elvira.

Que en un lance que es tan justo
tu opinion es primero que mi gusto,
no quiero embarazarte,
noble has nacido, parte,
y sal de ese cuidado,
cumpliendo en todo como amigo honrado:
vete, y nada me digas.

D. Diego.

A un tiempo me enamoras y me obligas.

D.ª Elvira.

Llevo de sobresaltos lleno el pecho. (Ap.)

D. Diego.

Vamos Monzon.

Monzon.

Créyolo.

D. Diego.

Bien se ha hecho. (Ap.)

Monzon.

Avison, femenil cazueleria,
que mamais dos mil de estas cada dia.

ESCENA VI.

ALA DE LA CASA DE DON DIEGO, DOÑA ISABEL, É INES.

D.ª Isabel.

Ya estoi celosa de ver
lo que don Diego se tarda,
pues sabiendo que le aguarda
en su casa una mujer,
el detenerse es indicio
de que con otra estará
á quien perdido amará
para que yo pierda el juicio.

Inés.

Mientras no sabe don Diego
tu amor, el tiene disculpa.

D.ª Isabel.

Ya sé que toda la culpa
es de mi amor loco y ciego.

INES.

Pues declarate, y despues
feliz, ó infeliz te llama.

D.ª ISABEL.

Si él quiere bien á otra dama
mal me aconsejas Inés,
por que es quedar desairada.

INES.

¿Pues qué has de hacer?

D.ª ISABEL.

¿Qué? sufrir
y querer hasta morir
celosa, y desesperada,
ya que otro alivio no tiene,
ni otro remedio mi amor,
que es la desdicha mayor:
mas pues don Diego no viene,
que tambien me maravilla,
cuando mi peligro piensa;
y se obliga á la defensa:
vete, y veme por la silla,
y vamos de aqui.

INES.

Yo voi,
si bien me aflije el pensar
que sola te has de quedar.

D.ª ELVIRA.

No importa: segura estoi.

INES.

No sé si bien aconsejas
aunque es don Diego cortés.

D.ª ISABEL.

No me quedo sola Inés,
por que conmigo me dejas.

INES.

Pues lo mandas á abrir voi.

ESCENA VII.

Abre una puerta, y asomase por ella don Diego.

¡Mas hai cielo!

D. Diego.

¿Esa señora,
que hace?

Ines.

Suspira y llora.

D. Diego.

Pues decidla que aqui estoi.

Ines.

De buena gana, esperad: (*)
señora, don Diego.

D.ª Isabel.

Dí.

Ines.

Quiere verte ¿entrará?

D.ª Isabel.

Si.

Ines.

Voi á decírselo: entrad. (Se llega á D. Die.)
Notable capricho es
pedir licencia en su casa.

D.ª Isabel

Oye: sabe lo que pasa.
y traela silla despues.

(*) Se llega á doña Isabel.

ESCENA VIII.

Doña ISABEL y don DIEGO.

D. DIEGO.
Vos seais mui bien hallada.

D.ª ISABEL
Y vos, señor, bien venido.

D. DIEGO.
¿Como del susto os ha ido?

D.ª SABEL.
Como de vos amparada.

D. DIEGO.
Segura la calle está.

D.ª ISABEL
Basta haberla vos mirado.

D. DIEGO.
¿Qué hora es?

D.ª ISABEL
Las once han dado.

D. DIEGO.
Segun eso es tarde ya.

D.ª ISABEL
Si señor, que como vos
estado habeis divertido,
el tiempo no habeis sentido
que yo siento por los dos.
¿Mas quien duda que seria
dama la que os divirtió?
esto juráralo yo
sin verlo, por vida mia,
sino es que con gala y brio

quereis decir que no amais,
y que por cuerdo pagais
la voluntad de vacío;
porque ya es visto en quien ama,
y parla por pasatiempo,
aunque tenga seis á un tiempo,
decir que no tiene dama.

D. Diego.

A importar á vuesro estado
el saber mi voluntad,
os dijera la verdad:
Mas dejando aquesto á un lado,
advertid que ya es error,
si en ello bien se repara,
que encubra de mi la cara
quien fia de mi su honor.

D.ª Isabel.

Eso si, festejeme; (Aparte.)
y porfie, pues porfio:
antes la cara no os fio,
porque el honor no os fié.

D. Diego.

Pues si importa el encubrirse,
no he de ser con vos molesto.

D.ª Isabel.

¡Válgame Dios! ¡qué pretesto! (Aparte.)
sabe un cuerdo reducirse:
á fée que sois reportado.

D. Diego.

Siempre cortesano fui,

D.ª Isabel.

¡Y me habian dicho á mí
que erades mui porfiado!
¡mas hai Dios! sino me engaño,
aquel hombre que ha venido
es deudo de mi marido.

D. DIEGO.

No importa.

D.ª ISABEL.

Suceso estraño, (Aparte).
don César es, pues señor,
considerad que mi vida
está en no ser conocida.

D. DIEGO.

Perded señora el temor,
y alli dentro os retirad:
porque por vos, y por mí
nadie, ha de pasar de aquí,

ESCENA IX.

Don DIEGO, doña ISABEL, escondida y don CÉSAR.

D. CÉSAR.

Con la poca claridad,
de la luz del corredor,
vi una mujer alla fuera,
y á ser posible creyera,
que era Inés, pero es error;
ponque ¿con qué intento aqui
habia de entrar Ines?

D. DIEGO.

¿Qué dudo? Don César es.

D. CÉSAR.

¿Es don Diego?

D. DIEGO.

Amigo sí.

D.ª ISABEL.

¡Hai lance mas apretado! (Aparte).

D. DIEGO.

¿Y en fin cómo ha sucedido?

D. CÉSAR.

Un contrario queda herido.

D. DIEGO.

¿Y vuestro deudo?

D. CÉSAR.

En sagrado.
Y con gran seguridad:
yo me vengo á vuestra casa
hasta saber lo que pasa,
y asi aqui dentro...

D. DIEGO.

Esperad
un poco, pues sois mi amigo,
hasta que salga una dama,
de calidad, y de fama,
que está alla dentro conmigo,
y de vos se ha recatado:
aqui importa una mentira, (Aparte.)
porque es......

D. CÉSAR.

¿Quien es?

D. DIEGO.

Doña Elvira,
que por hallarse en el prado
aqueste favor me ha hecho.

D. CÉSAR.

Mas vale que Elvira sea, (Aparte.)
porque mis celos no crea,
ya que no ablandó su pecho!

ESCENA X.

Los precedentes, doña ELVIRA y MONZON al paño.

MONZON.

Digo que está recojido,
en su cuarto mi señor,
bueno y sano.

D.ª ELVIRA.

Yo lo creo,
mas yo he de verle, Monzon,
porque solo este cuidado
de mi casa me sacó.

MONZON.

Pues entra y sabras que es cierto.
Con todo al traste se dió. (*) (Aparte)

D.ª ELVIRA.

Tose quedo.

MONZON.

Este es mi quedo.

D. CÉSAR.

Pues don Diego, yo me voi,
alla dentro, en tanto que,
doña Elvira sale.

MONZON.

A Dios. (*.)

(*) Hace Monzon señas á su amo tosiendo.
(*) Al entrarse don César, se encuentra con doña Elvira.

D.ª ELVIRA.
Este es don César.

CÉSAR.
¿Quien va?

D.ª ELVIRA.
No os altereis, que yo soi,
que vengo á ver á don Diego,
que me ha tenido por vos
con notable sobresalto.

D. CÉSAR.
Yo tambien con el estoi, (Aparte).
de haberos visto. Sin duda
el nombre se os olvidó
de la dama que está dentro, (*).
si á caso no fué invencion,
porque está aqui doña Elvira.

D. DIEGO.
¡Otra es, callad por ¡Dios!
¡muerto estoi! ¡señora mia!
¿á tal hora? ¡Grán favor!

D.ª ELVIRA.
Si don Diego, que el disgusto
de don César sentí yo,
por el suyo, y tu peligro,
de suerte que el corazon
no me cabia hasta ver
el fin de aquella cuestion.

D.ª ISABEL.
Amístad es asentada, (*).
No hai sino paciencia amor.

D. DIEGO.
Todo ha sucedido, bien.

(*) A don Diego.
(*) Entreabriendo la puerta del cuarto donde entrò.

D. César.

Ya es mi sospecha mayor: (Aparte.)
don Diego tiene alla dentro
una dama, y me negó
la entrada, diciendo que era
doña Elvira la ocasion,
y entra ahora doña Elvira,
y al venir me pareció
que salia Inés de aqui:
¿ pues qué aguardo que no voi
á ver si doña Isabel,
aunque tema mi prision,
está en su casa y salir
de tan grande confusion,
que basta estar mal pagado
sin tener celos, y amor?
Entre los que bien se quieren
nnnca ha sido discrecion
estorbar: á bajo espero.
Dios os guarde.

D. Diego.

Guarde os Dios.

ESCENA XI.

Los precedentes, menos don César.

D.ª Elvira.

Mui buena casa teneis.

D. Diego.

Casa de mozo en rigor.

D.ª Elvira.

Asustado está don Diego, (Aparte).

aqui sin duda hai traicion,
¿dormis en aquella cuadra?

MONZON.

De aquesta vez nos pescó.

D. DIEGO.

Si señora, mas no entreis.

D.ª ELVIRA.

¡Que no entre! ¿por qué no?

D. DIEGO

Porque hai eierto inconveniente.

D. ELVIRA.

Por eso he de entrar mejor.

D. DIEGO.

No es cosa por vida mia,
ni por vida de los dos,
de ofensa, ni de importancia.

D.ª ELVIRA.

No importa, resolucion
traigo de ver euanto hubiere,
y así.........

D. DIEGO.

Dejadlo por Dios
que no ha de ser posible.

ESCENA XII.

Los mismos é INES.

INÉS.

¿Qué dudo? Allí estan los dos,
y ya don César se fue,
que denantes no me dió,

cuando le ví poco susto. (*)
Señora, las doce son,
y ya la silla te aguarda.

MONZON.

Por Dios que hemos dado con.....
los huevos en la ceniza.

D. DIEGO.

¡Ay tan grande tribulacion!

D.ª ELVIRA.

No viene á mi ese recado.

NIÉS.

¿Pues cómo?

D.ª ELVIRA

Porque no soi yo
la dama que aqui buscais.

MONZON.

Este freno se trocó.

INÉS

¿Pues á donde está mi ama?

D.ª ELVIRA.

Eso lo dirá el Señor
don Diego, que está delante:
de celos perdida estoi. (Aparte)
Jurad ahora mi vida,
y aseguradme ¡ha traidor!
que no es cosa que me ofende.

D. DIEGO.

Y es la verdad vive Dios.

D. DIEGO.

¿Cómo, si teneis adentro
una dama?

(*) Se llega á doña ELVIRA pensando que
u ama.

D. Diego.

¡Que aflicion! (Apart

Monzon.

Di que es cosa de un amigo.

D. Diego.

Tienes Elvira razon,
mas no es mia, que don Pedro,
aquel que me hablaba hoi,
está con ella, y por eso
no he querido.....

ESCENA XIII.

Los anteriores, y doña Isabel á la pue del cuarto donde entró.

D.ª Isabel.

Aqui entro yo,
y pues ya César se fue,
y no hai riesgo en mi opinion;
y estoi rabiando de celos,
y de cólera, por Dios
que todos han de rabiar,
y han de estar como yo estoi. . (*)

D.ª Elvira.

¿De suerte que he de creer,
y sin otra informacion,
que esta dama está con otro,
y que á vos no os importó?

D. Diego.

Esto que te digo pasa.

Monzon.

Si, por vida de Monzon.

(*) Sale doña Isabel tapada como entró cuarto donde estaba escondida.

D.ª Isabel.

Ese es mui grande embeleco.

Monzon.

¡Jesus, y que perdicion!

D.ª Isabel.

Porque yo no estoi con nadie,
sino con este señor,
de cuyo amor me he valido
para cierta pretension.

D. Diego.

Decid tambien lo demas,
y del modo que pasó.

D.ª Isabel.

Lo demas es que este hidalgo
es tan galan como el sol,
y yo tan de cera en todo
que me ablandó su calor:
lo demas es que le tengo
mas que razonable amor:
que he estado eon él una hora
en buena conversacion,
que le debo el arriesgar
su persona por mi honor:
que vino en esto don César:
que esconderme me mandó,
que llegasteis vos tras él,
y mi criada tras vos:
y lo demas finalmente
es, que ya las doce son,
y que ha venido la silla,
y por ser tarde me voi
de vos mui escamorada, (A don Diego).
y mui celosa de vos: (A doña Elvira).
y por que no es para mas,
á buenas noches, á Dios.
Vé Inés.

MONZON.

Por Dios que ha hechado
valientísimo sermon.

INES.

Asi señora la llave (*)
que de su cuarto nos dió
se me ha olvidado de dar.

D.ª ISABEL.

Pues no la des.

INES.

¿Porqué no?

D.ª ISABEL.

Por llevar algo de aqui,
ya que el alma dejo yo. (V

ESCENA XIV.

Don DIEGO, doña ELVIRA y MONZON

D. DIEGO.

Señora, oid, esperad.

D.ª ELVIRA.

Si es por mi satisfacion.
ya lo estoi de vuestro trato,
y para siempre me voi.

(*) Aparte á doña Isabel.

ESCENA XV.

D. Diego y Monzon.

Monzon.

dad con todos los diáblos.

D. Diego.

e, Elvira, ¡ Ai tal rigor!

Monzon.

ué es oir? por Jesucristo
e va por el corredor,
o perro con bejiga.

D. Diego.

s iré tras ella yo,
e escuche las verdades
mi amante corazon. (Vase.)

Monzon.

ué como..... Lindamente
ellaca nos le dió.

DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

DECORACION DE SALA EN CASA DOÑA ELVI

ESCENA I.

Doña ISABEL con vestido de estameña, m
to sin puntas, chapines sin vivos, INÉS
mantellina, y JULIO.

D.ª ISABEL.

Esto ha de ser.

JULIO.

Considera....

D.ª ISABEL.

Pues me ves determinada,
no me repliques en nada.

INES.

Quedo, que hai criada fuera.

ESCENA II.

Los mismos y LUCÍA.

LUCÍA.

Ya se acabó de tocar
mi señora, aquí podeis
esperar.

JULIO.

Merced me haceis,
y yo lo sabré estimar.

LUCÍA.

¿Es esta la doncella á quien
hoi recibió mi señora?

JULIO.

Es mui vuestra servidora.

LUCÍA.

Yo lo soi suya tambien,
y por cara y por despejo
lo merece.

D.ª ISABEL.

Dios os guarde;
pero porque mas no aguarde,
mi padre, que en fin es viejo,
hacedme gusto que sepa
mi señora que está aquí.

LUCÍA.

Voi á decírselo así.

ESCENA III.

Los mismos, menos LUCÍA.

INÉS.

¿Es posible que en tí quepa
tanto embuste y tan bien hec

D.ª ISABEL.

Para embustes y mentiras
cualquiera mujer que miras
tiene ensanches en el pecho.

JULIO.

Hasta aquí no he replicado,
que pudiera por mi edad,
ni de aquesta novedad
la causa te he preguntado:
mas ya que tan adelante
ha pasado, y que las dos
con poco temor de Dios,
pues no hai miedo que os espante,
mudando nombre y vestido,

os disfrazais de manera
que Inés firme en la carrera
de doncella, que lo ha sido,
y tu quieres al reves
con una y otra mentira,
servir en casa de Elvira
de doncella, que lo es,
andando yo conecrtando
de aqui para alli á las dos;
dime el intento por Dios
porque estaré reventando
hasta saber, ya que sé
que en todo servirte debo
un embeleco tan nuevo.

D.ª Isabel.

Pues oye, te lo diré:
por que sepas, Julio amigo,
la causa que asi me tiene,
siendo en sangre y en riquez
lo que tu sabes: atiende.
Tan aprisa me mudaron
de aquella quietud alegre
mis penas, que ya el aviso
llega despues de la muerte:
que hai para los desdichados
penas en matar tan breves,
que vienen, como que matan,
y matan como que vienen.
Yo quiero bien, ya lo he dicho,
á un hombre que á Elvira quiere,
mira en qué pocas palabras
te he dicho cuanto pretendes.
No te maravilles, Julio,
que tan luego te confiese
mi amor, que aunque es liviandad
parezca que es conveniente
si en poco tiempo le tuve
que en poco tiempo le cuente.

Sin que don Diego de Vargas,
que este es su nombre, me viese,
veces varias pude háblarle,
y seguirle otras veces.
Informeme si era noble,
si era cortés, y valiente,
y con efecto lo fue todo,
porque quise que lo fuese;
que en haciendo, amor las pruebas,
como es parte en lo que emprende,
ó se cohecha de gusto,
ó de la pasion se vence:
y asi dice cuando informa,
mucho mas de lo que siente:
viendo pues que por Elvira
don Diego de Vargas muere,
porque aun que estuvo enojada,
á verle y hablarle vuelve,
que no hai enojo que dure
entre dos que bien se quieren,
habiendo ruegos que ablandan,
y terceros que aconsejen.
Viendo tan bien que don César
con mas fuerza me pretende,
que nunca debe de ser
porque casi alcanzó á verme
con don Diego, que hai algunos
hombres tan impertinentes,
que en sabiendo que la dama
que festejan ó pretenden
tiene galan, en lugar
de apartarse y detenerse,
se alientan, porque imajinan
osada y bárbaramente,
que quien fué fácil con uno
con cualquiera serlo puede;
y que á cuenta de aquel yerro
los demas pueden hacerse;

y así, para del don César
poder mejor defenderme,
y de camino estorbar,
sin que mi opinion se arriesgue,
de don Diego y doña Elvira,
los amores y papeles,
yéndome como una amiga
noble, cuerda y confidente,
á quien de mis pensamientos
dí cuenta mui largamente;
dejé mi casa finjiendo
que por uno ú dos meses,
iba á cierta romería
que ofrecí estando á la muerte;
si bien hemos menester,
trocado todos de suerte,
que mi jente no nos vea,
que es lo que puede temerse,
que aunque venimos al prado
desde los convalecientes,
es lo mismo que pasarse,
á otro reino un delincuente,
y así no hai tener pena
que ninguno nos encuentre.
Mas porque pueda mejor
saber todo cuanto intente
en su voluntad don Diego,
dispuse que Inés sirviese
cerca de aquí, en la casa
de cierto hombre de papeles,
secretario entre dos luces,
ni bien letrado ni ajente,
la cual saliendo de casa,
y encontrando adredemente
á Monzon, que es el criado
de este mi amante valiente,
le ha dado ocasion bastante
para que el tal la requiebre;

y en fin, son ya tan amigos
que la cuenta y la refiere,
para cumplir con el nombre
de criado y de alcahuete,
cuanto imajina su amo,
y ella volando me viene
á avisar de lo que sabe
para que yo lo remedie:
con lo cual ella mudando,
por si alguien la conociese,
el nombre de Inés en Juana,
que no tiene inconveniente,
y yo el de doña Isabel,
en Dorotea Gutierrez,
ella estando como he dicho,
mirando cuanto sucede
en la casa de don Diego.
tú, por lo que se ofreciere,
tomando en esotra calle
un aposento por meses,
y yo en casa de doña Elvira,
estando de aquesta suerte,
pienso hacer tales enredos.....
¡Mas hai cielos, ella viene!
por lo que puede importar
que no te conozca: vete,
vete Inés.

INES.

¿Cómo me llamo?

D.ª ISABEL

Juana iba á decir, erreme,
vete de presto por Dios.

INES.

El te guarde como pueda.

ESCENA IV.

Doña Isabel, Julio, doña Elvira, y Lucia.

D.ª Isabel.

Y tú, pues vienes á eso,
sirve de padre y pondreme
de doncella de labor.

Julio.

Entrañas sois las mujeres
en dando en alguna tema.

D.ª Elvira.

¿Qué tan buena cara tiene? (*).

Lucia.

Yo sé, que en viéndola harás
de modo, que en casa quede.
Ya mi señora os aguarda, (*).
bien podeis hablarla.

Julio.

Deme
vuesancé, sino las manos,
los pies, para que los bese.

D.ª Elvira.

Dios le guarde, no esté asi:
álcese.

Lucia.

¿Qué te parece
del buen viejo, y de su hija?

D.ª Elvira.

Parecenme, buena jente;

(*) Aparte á Lucia.
(*) A doña Isabel.

y diga ¿aquesa doncella,
cubrase, que nombre tiene?

JULIO.

¿Mi hija? Dorotea.

D.ª ELVIRA.

¡Dorotea!

JULIO.

Muchacha ¿qué te detienes?
llega, que llama señora.
De vergonzosa enmudece,
que es su cortedad notable,
pero no por eso pierde.

D. ELVIRA.

¿Has servido en otra parte? (*).

D.ª ISABEL.

A mi padre solamente
he servido, pero viendo
que está viejo, y que no tiene
con que poder sustentarme,
por ser el año tan fuerte,
una casa principal
le he pedido que me diese
donde servir, hame dicho
de la vuestra tantos bienes,
que tendré á mucha ventura
quedar con vos para siempre;
porque esto de mudar casas
no es cosa que me conviene:
que quizas por no mudarme
vengo á servir de esta suerte.

JULIO.

No es porque ella está delante
ni porque pasion me mueve,
la muchacha es para mucho,
porque una casa revuelve,

(*) Llega y hace una reverencia doña Isabel.

de alto en bajo en un instante.

D.ª ISABEL.

Y en la vuestra si se ofrece
lo haré mejor que ninguna,
que á esto vengo solamente.

D.ª ELVIRA.

¿Qué labor haces?

D.ª ISABEL.

Señora,
por labores no lo dejes,
que si fuere menester,
las haré tan diferentes,
que su novedad te admire
cuando á ver la causa llegues. (Aparte).
Lo mas está en que á servir
la persona se sujete,
que todo despues es fácil.

D.ª ELVIRA.

¿Sabrás tocarme y prenderme?

Dª. ISABEL.

Para que parezcas mal (Aparte).
haré cuanto yo pudiere.
Es tu hermosura tan grande,
que casi puede ofenderse
que la busques aderezos.

D.ª ELVIRA.

¡Que bien habla! Y dime ¿tienes
en Madrid quien te conozca?

D.ª ISABEL.

Si señora, unos parientes
tenemos en Peñaranda,
y en la calle de Valverde
vive un sastre de mi tierra,
que me fiará en cuanto hubiere.

D.ª Elvira.

Para los intentos mios (Aparte).
como de molde me viene
esta moza que es discreta ,
y parece dilijente ,
para poder confiarla ,
cuando ocasion se ofreciere ,
los amores de don Diego.
¿ Hazme de servir por meses ,
ó concertada por años ?

D.ª Isabel.

Como mi padre quisiere ,
que en esto , y en la soldada,
hacer á su gusto puede.

Julio.

Que os sirva en casa mi hija
es salario suficiente.

D. Elvira.

¿ Tienes arca ?

D.ª Isabel.

Si señora.

D.ª Elvira.

Pues traiganla luego , y crée
que si te hallas bien en casa,
hasta que yo te remedie ,
no saldrás de ella jamas.

D.ª Isabel.

Bien sabe el que está presente ,
que solo por remediar
la pena que el alma tiene ,
vengo á tu casa á servir.

D.ª Elvira.

Pues ven para que te enseñe
Lucia lo que has de hacer.

D.ª Isabel.

El cielo tu vida aumente.

D.ª Elvira.

Jamas recibí criada
que tan de mi gusto fuese.

ESCENA V.

Doña Isabel, sola.

D.ª Isabel.

Amor, ya estoi en el campo,
mujer soi, deidad eres,
ten lástima de mi vida.
¡Mas hai Dios! don Diego es este,
y mi cara lo dijera
cuando yo no lo dijese:
muerta estoi.

ESCENA VI.

Doña Isabel, don Diego y Monzon.

D. Diego.

Tarde venimos.

Monzon.

No venimos tal, bien puedes
entrar.

D. Diego.

Pues aguarda un rato
que yo saldré brevemente.

D.ª Isabel.

Téngase vuestra merced:
mucho es que hablar acierte, (Aparte).
porque teniendo esta casa
dueño, no es bien que se entre

sin decir quien es primero,
para que el recado pase
á mi señora.

D. Diego.

Pues vos,
que salis á detenerme,
¿quién sois?

D.ª Isabel.

Pues que me faltara, (Aparte).
¡ai de mi! si lo supiese:
soi doncella de labor
de mi señora.

Monzon.

No tiene
usted cara de doncella.

D.ª Isabel.

Tenga vergüenza ó darele.

Monzon.

¿Qué me dará que no tome?

D.ª Isabel

Al diablo

Monzon.

Que se la lleve.

D. Diego.

Quedo Monzon, vos habeis
andado mui cuerdamente
en preguntarlo, y asi,
entrad y decid....

ESCENA VII.

Dichos y D.ª Elvira.

D.ª Elvira.

Detente,
que para verte mas pronto
ha salido á responderte.

D.ª Isabel.

Perdónadme, si yo acaso.....

D.ª Elvira.

Tu has hecho aqui lo que debes:
mas sabe de aqui adelante,
para que otra vez no yerres,
que es dueño de aquesta casa
el galan que está presente,
y que puede á todas horas
entrar donde yo estuviere;
que aunque pariente no es,
es mucho mas que pariente.

D.ª Isabel.

A si, ahora lo he entendido.

D.ª Elvira.

Ya sé que entendida eres.

D. Diego.

¿Has recibido esta dama?

D.ª Elvira.

Si don Diego.

D. Diego.

Ella merece
estar en tu casa, que es
cuanto puede encarecerse:
mas volviendo á mi embajada.
si es que has de venir, advierte

que es tarde por vida mia.

D.ª Elvira

Agora dieron las nueve,
y ya han ido por el coche,
y así, entre tanto que viene,
y yo acabo de aliñarme,
sentarte don Diego puedes
aqui dentro en una silla.

D. Diego.

Siempre quien ama obedece:
vete delante.

D.ª Elvira.

¡Que ventura
es quererse de esta suerte! (Vanse).

ESCENA VIII.

Elvira, y don Diego, y quedan mirándolos D.ª Isabel Monzon y Julio.

Monzon.

Vive Dios que es la muchacha
como el ampo de la nieve:
en viendo ocasion la envisto
y venga lo que viniere.

D.ª Isabel.

Fuéronse ¡ brava llaneza!

Monzon.

El amor todo lo vence.

D.ª Isabel.

¿ Luego se tienen amor ?

Monzon.

Si señora, amor se tienen,
mas no es amor mui honesto.

D.ª Isabel.

¿ Querran casarse ?

Monzon.

Si quieren.

D.ª Isabel.

¿ Y será cierto ?

Monzon.

Tan cierto,
que ya les dan parabienes.

D.ª Isabel.

Mala pascua te dé Dios.
y la primera que llegue.
¿Y ella, adonde sale agora?

Monzon.

A mi casa.

D.ª Isabel.

¡Lance fuerte!
¿A tu casa? ¡muerta estoi! (Aparte

Monzon.

Si, por que pasan los reyes,
que infinitísimos años
el cielo guarde y prospere,
en público esta mañana,
á san Gerónimo, y quiere
mi amo hacerla un festejo;
pero pues ellos se quieren
y los criados son monos
de sus amos, ya me entiendes,
dime, asi vivas un siglo,
y dentro de pocos meses
te saque Dios de doncella
como de pecado puede.
¿ Monzon te parece bien?

D.ª Isabel.

¡O amor, que injenioso eres! (Aparte).
No puede.

Monzon.

¿No? ¿porqué causa?

D.ª Isabel.

Porque ya me lo parece:
mas aguarda mientras digo
á este viejo que nos deje:
quien llega á querer de veras (Aparte).
notables cosas emprende.
¿Julio? (Aparte á él).

Julio.

Señora.

D.ª Isabel.

Volando,
porque importa el ir mui breve,
ve á Inés, y dale esta llave, (Se la da).
que es del cuarto y del retrete
de Don Diego, que la noche,
que fuimos los dos á verle
me traje, y dila que al punto
se encierre en él, y se lleve
el mejor vestido mio
de los que guardados tiene,
y me espere alli tapada.

Julio.

¿Pues con eso que pretendes?

D.ª Isabel.

Descomponer á don Diego
con Elvira para siempre,
porque Elvira va á su casa,
y cuando menos lo piense
ha de topar con Inés.

JULIO.

¿Y si acaso?..

D.ª ISABEL.

No me alegues
dificultades ni riesgos.

JULIO.

Alto, voi á obedecerte.

ESCENA IX.

D.ª ISABEL y MONZON.

D.ª ISABEL.

Ya bien me puedes hablar,
y pues quererme prometes,
para que yo lo conozca,
haz de modo que le ruegue
tu señor á mi señora...

MONZON.

¿Qué?

D.ª ISABEL.

Que á la fiesta me lleve
que en mi vida he visto á el Rei,
y deseo conocerle.

MONZON.

Pues haz cuenta que alli estás
aunque á todo el mundo pese,
y haz cuenta que yo te quiero.

D.ª ISABEL.

¿Mucho?

MONZON.

Tiernisimamente.

D.ª ISABEL.

¿De veras?

MONZON.

Por esta cruz.

D.ª ISABEL.

¿Lo juras? Mira no rebientes.

MONZON.

¿Porqué?

D.ª ISABEL.

Porque juras falso.

MONZON.

¿En qué?

D.ª ISABEL.

Por que dices que me quieres,
siendo hombre como todos.

MONZON.

Tu lo verás.

D.ª ISABEL.

¿Y no tienes
moza ninguna?

MONZON.

Ninguna.

D.ª ISABEL.

¿Ni una Juana que aderece
tus valonas?

MONZON.

¿Como es esto? (Aparte)

D.ª ISABEL.

Que tus camisas remiende,
que tus pañuelos jabone,
y te cosa el zaragüelle.

MONZON.

Tengo el alma mui soltera.

D.ª ISABEL.

¿Y si viniese á saberse,

y te topase con otra,
como á muchas acontece?

MONZON.

Degollarme como hizo....

D.a ISABEL.

¿Quién?

MONZON.

Maria de Riquelme,
por que su galan llego
á ofenderla enormemente.

D.a ISABEL.

Pues cuidado con el diez,
mira que soi una sierpe;
pero mi ama ha llamado,
voi á saber lo que quiere. (Vase.)

MONZON.

Mui lindo debo de ser,
pues todas por mi se mueren.

ESCENA X.

DON CESAR Y TRISTAN.

D. CESAR.

¿Que no está en casa don Diego?

TRISTAN.

Ahora dicen que salió.
¿Quieres irte?

D.a ISABEL.

Tristan, no,
que es fuerza que vuelva luego,
porque espera doña Elvira,
que ayer me lo dijo á mi,
y asi, en tanto desde aqui,
pues todo tambien se mira,
las horas entretendremos.

TRISTAN.

¿Y como de amor te vá?

D. CÉSAR.

Como quien sin alma está
entre diversos estremos,
por que aquesto que te digo
con don Diego me ha pasado,
y aunque me ha desengañado,
y es en efecto mi amigo,
y tanto que entre los dos
si asi decir se consiente,
vive un alma solamente;
no puedo dejar, por Dios,
de estar confiado entre mi,
sin atreverme á creer,
entre el dudar, y el temer,
aun lo mismo que yo vi;
porque saber yo de cierto
que en Elvira está adorando,
y por puntos esperando
de sus bodas el concierto:
llegar á favorecerme,
por el pasado disgusto,
de su casa como es justo:
decir que la causa es
porque estaba dentro Elvira:
verse luego la mentira
viniendo Elvira despues,
paréceme á mi que vi,
sino fue enojo ú error,
á Inés en el corredor
como te estoi viendo á ti:
ser aquesta Inés criada
de doña Isabel, á quien
como sabes quiero bien,
aunque de mi amor se enfada,
sálime de alli: ¡ha cruel!
viendo que el alma se abrasa,

para saber si en su casa
estaba ya doña Isabel,
y verla yo propio luego,
y eon ella su eriada
en una silla eerrada:
volverme al punto á don Diego,
y decirle eomo amaba
á una dama riea y bella,
para casarme con ella;
pero que me recelaba
de que el tambien la queria,
y que asi merced, me hieiese,
que con verdad me dijese
todo lo que en esto habia,
para que yo lo sirviera
como amigo, y eaballero,
y responder lo primero,
que nó sabia quien era,
que no le importaba nada,
ni la vió el rostro jamas,
y decirme, esto es lo mas,
que era una mujer casada:
son eosas para que un hombre
el juicio venga á perder.

TRISTAN.

¿Y en fin, que piensas hacer
para cumplir con el nombre
de amante, y de buen amigo
de don Diego, y de la dama.
sin aventurar la fama
que ella y él tienen contigo?

D. CÉSAR.

Esperar á que lo diga
el tiempo.

TRISTAN.

Y ella, ¿qué dice?

D. César.

Soi Tristan tan infelice,
y es ella tan mi enemiga,
que á Guadalupe se fué
cuando estabamos en esto.

ESCENA XI.

Los mismos, é Inés tapada y bizarra,

Inés.

Hallarme Julio tan presto
ventura sin duda fué,
y mayor ventura ha sido
no haberme nadie encontrado;
y asi con menos cuidado
que el que hasta ahora he traido
podré hacer lo que mi ama
me manda, mas ¡ai de mi,
que don César está aqui!

Tristan.

¿Y es Elvira aquella dama?

D. César.

Aunque su talle gallardo
lo promete, no lo sé.

Inés.

¡Valgame el cielo! ¿qué haré?
pero de que me acobardo
estoi tapada, y don Diego,
como dice mi señora,
con Elvira queda agora
aguardándola, yo llego,
porque la ocasion se pasa,
y abro aunque miren los dos.
Aquesto es hecho. (Abre la puerta).

TRISTAN.

Por Dios,
que es la dama mui de casa,
pues que puede á cualquier hora
entrar sin pedir licencia.

INÉS.

Esto toca á mi obediencia,
haga la fortuna agora. (Vase)

ESCENA XII.

Los anteriores, doña ELVIRA, y doña ISABEL tapadas que entran por otra puerta.

D.ª ELVIRA.

Mui temprano hemos venido.

D.ª ISABEL.

Quien ama anticipa el tiempo.
Gran cosa fuera que Inés (Aparte)
llegado hubiese primero:
¡mas ai! aqui está don César.

D.ª ELVIRA.

¿Conócesle?

D.ª ISABEL.

De escudero
sirvió mi padre á una tia
que tenia en Barrio nuebo:
de esto solo le conozco.

D.ª ELVIRA.

Es mui cortés caballero.

D. CÉSAR.

Otras damas han venido
y que sobramos sospecho.

D.ª ISABEL.

Si sobran.

D. César.

Pues ya nos vamos
que no estorva quien es cuerdo. (Vase).

ESCENA XIII.

Dichos menos don César.

D.ª Elvira.

¿Qué dijiste?

D.ª Isabel.

Que se fuesen;
son discretos, y lo hicieron.

D.ª Elvira.

Don César poco importaba,
que es amigo de don Diego
y tiene de esto noticia,

D.ª Isabel.

Ahora bien está lo hecho,
que aunque sea mas amigo
está con encojimiento,
una mujer, y al decir
á su galan, yo te quiero,
si vé que tiene delante
un testigo de sus hierros,
hecha á perder la fineza,
y como arroyo de invierno
entra la boca y el alma,
entre el recato y el miedo,
se yela de resfriado
en el camino el requiebro.

D.ª Elvira.

Mui bien has dicho, mas dime;
¿á dónde quedó don Diego?

D.ª ISABEL.

Hablando en esotra calle:
con dos ó tres caballeros
se detuvo.

D.ª ELVIRA.

No me hallo
sin verle.

D.ª ISABEL.

Yo te lo creo,
que la misma condicion
tengo yo con lo que quiero.

D.ª ELVIRA.

No te espantes que te dé
cuenta de mis pensamientos
que aunque ha poco que me sirves,
en aqueste poco tiempo
te he cobrado mucho amor.

D.ª ISABEL.

Todo este amor te merezco.
por lo mucho que te estimo,
que si me vieras el pecho, (Ap.
me enviaras noramala;
pero volvamos al cuento
de la noche que en su cuarto
no te dejó entrar.

D.ª ELVIRA.

No puedo,
Dorotea, proseguir,
que cuando de esto me acuerdo,
quisiera no haber nacido.

D.ª ISABEL.

¿Y en efecto, tenia dentro
encerrada otra mujer?

D.ª ELVIRA.

La ví yo como te veo.

D.ª Isabel.

Fué mui gran bellaquería.

D.ª Elvira.

Solo de pensar en ello
me corro.

D.ª Isabel

Yo habia de ser
á quien hizo tal desprecio.

D.ª Elvira.

¿Y qué hicieras?

D.ª Isabel

No le miraba
si me estuviera muriendo,
mas á la cara en su vida.

D.ª Elvira.

Yo tambien intenté hacerlo,
mas afirmóme despues
con mas de mil juramentos,
que en su vida la habia visto,
y al fin me alenté á creerlo,
ó por que me estaba bien,
ó por que tanto le quiero,
que le admití la disculpa,
para volver á mi hierro:
pero ya don Diego vino.

D.ª Isabel

Y con él siente mi pecho
el fuego de todo un mundo. (Ap).

ESCENA XIV.

Los precedentes, don Diego y Monzon.

D. Diego.

Perdonad, querido dueño,

si he tardado, que un amigo
al gusto le hurtó este tiempo,
no sin murmullo del alma,
que echando menos el cielo
de vuestros ojos, estaba
como fuera de su centro.

D.ª Isabel.

¡Jesus, y que tierna cosa!

D.ª Elvira.

Eslo don Diego en estremo.

D. Diego.

Como cuando sale el sol,
que es el corazon del cielo,
y destierra los nublados
que á su luz se le opusieron,
ó por delito de oscuros,
ó por culpa de groseros,
así vuestro amor ahora,
con aqueste favor nuevo,
sale del pasado enojo,
desterrando y deshaciendo
los disgustos, los pesares
y los celos; que los celos
son vapores del engaño.
y nieblas del pensamiento,
con que la malicia engaña
lo cándido del sosiego.

D.ª Isabel.

¡Lindo discurso y moral!

D.ª Elviar.

¿Qué dices?

D.ª Isabel.

Que es mui discreto,
y que si adelante pasa (Aparte).
estoi de suerte que pienso
que tengo de declararme.

D.ª Elvira.

Por cierto con grande aseo
está toda aquesta sala.

D. Diego.

No está, pero por lo menos
está mejor que otras veces,
que quien esperaba.....

D.ª Elvira.

Quedo;
que ya me pesa de haberte
en ese cuidado puesto.

D. Diego.

No es cuidado, sino gusto:
mas entremos allá dentro,
y verás algunos vidrios,
espejos, cuadros y lienzos
de buen arte, y mejor gusto.

D.ª Elvira.

Pues que tu gustas entremos,
aunque será menester
que lo mires bien primero,
por no ponerte en peligro
de darme á mí algunos celos.

D. Diego.

¡O qué donaire has tenido!

D.ª Elvira.

Sabe el cielo que lo temo.

D. Diego.

Aquel fué lance forzoso.

D.ª Isabel.

Y aqueste será lo mesmo, (Aparte)
si Julio tuvo lugar
de avisar á Inés con tiempo.

D.ª Elvira.

Agora no dudo yo
que siendo vos tan discreto,

no ignorando mi venida,
desde anoche por lo menos,
esté la casa segura,
mas yo sé que á no saberlo.....

D. Diego.

Fuera lo mismo, por Dios.
¡Monzon!

Monzon.

Señor.

D. Diego.

Abre presto
ese cuarto.

Monzon.

¿con qué llave?

D. Diego.

Con la tuya.

Monzon.

Bueno es esto:
pareció, mas desde el dia
que escondidas estuvieron
por tu mal aquellas damas...

D. Diego.

Así es verdad, mas yo tengo
la llave doble, y con ella
abriré, pero ¿qué es esto?

ESCENA XV.

Los mismos é Inés que sale tapada.

Inés.

¿Era tiempo de venir?

MONZON.

¡Valgame san Nicudemus!

INÉS.

¿Mas qué hace aquí tanta jente?

D. DIEGO.

¿Y vos qué haceis allá dentro?

D.ª ELVIRA.

Don Diego ¿para esto habias?....

D.ª ISABEL.

¡Hai tan gran descaramiento!

D.ª ELVIRA.

Mas yo me tengo la culpa.

D.ª ISABEL.

Ahora comienzan los truenos, (Ap.)
y aquello de plegue, plegue.

D. DIEGO.

Señora, esperad, ¿qué es esto?
mujer, fantasma ó demonio,
¿por donde has entrado?

D.ª ELVIRA.

Bueno,
graciosa está la pregunta.
Ven, Dorotea.

D.ª ISABEL.

¡Hai despejo
semejante! ¡que tuviese
encerrada en su aposento
una dama, y ahora otra!

D.ª ELVIRA.

¿Qué te parece de aquesto? (*)

D.ª ISABEL

¿Qué quieres que me parezca?

(*) (A doña Isabel.)

que si por el pensamiento
te pasa hablarle ni verle
en público ni en secreto,
no tendrás honra.

E.ª Elvira.

Es verdad;
á no velle me resuelvo.

Monzon.

¿Hai tramoya semejante?

Inés.

Si me hace seguir don Diego,
ó descubrir, se descubre
sin remedio aqueste enredo:
y así es mejor, pues mi ama
por señas lo está diciendo,
irme.

Monzon.

¿Donde va, señora?

Inés.

A mi casa.

Monzon.

No hai remedio,
que primero hemos de ver.

Inés.

Si porfia aqueste necio (Ap.)
me destruye totalmente,
y así es mas cuerdo consejo
descubrirme solo á él,
pues con él no tengo riesgo. (*)
¿No echas de ver que soi Juana?
que solo por verte vengo
de la suerte.

Monzon.

¡Jesucristo!

(*) Descúbrese á Monzon.

de esta vez el juicio pierdo.

INÉS.
¿Qué, te admiras?

MONZON.
Pues dí, ¿como
en este traje te has puesto?

INÉS.
Es madrina aquesta tarde
cierta amiga de un bateo,
y andamos todas de fiesta.

MONZON.
¿y como entraste acá dentro?

INÉS.
Eso es para mas despacio,
que fué un notable suceso.
Déjame salir ahora,
y no digas nada de esto
á tu señor, por que importa
á los dos.

MONZON.
Vete depresto
mujer; que si supiera
mi amo que aqueste enredo
le ha venido por mí parte,
no hai que hablar, fuera mui cierto
que me diera de estocadas.

INÉS.
Pues adios, y veme luego.

ESCENA XVI.

Los anteriores, menos INÉS.

D.ª ISABEL.
Gracias á Dios que se fué, (Ap.)

que me estaba consumiendo
de ver lo que se tardaba.

MONZON.

Bravo caldo se ha revuelto.

D.ª ELVIRA.

Yo no he menester disculpas;
dejadme salir.

D. DIEGO.

No quiero,
hasta que diga quien es
aquesa dama primero.

MONZON.

¿Y adonde esta esa señora?

D. DIEGO.

¿Donde? en aquese aposento.

MONZON.

¿Como, si ya se escapó?

D. DIEGO.

Pues infame...

D.ª ISABEL.

Haced estremos,
y enojaos con el criado,
siendo de entrambos concierto
que se fuese ¿quién lo duda?

D. DIEGO.

Anda picaro corriendo,
y ve tras ella.

D.ª ELVIRA.

Detente,
que es cansarle sin provecho,
porque ya Monzon lo sabe.

D.ª ISABEL.

Aqueso véralo un ciego.

D. DIEGO.

Pues iré yo juro á Dios.

D.ª ISABEL.

Sois mui parte en este pleito,
y asi, aunque mi señora,
desiste ya de quereros,
solo por curiosidad
he de ir yo sola á verlo.

D. DIEGO

Anda mui enorabuena.

D.ª ISABEL.

Pues aguarda que ya vuelvo.

ESCENA XVII.

Dichos, menos doña ISABEL.

D.ª ELVIRA.

¿Para qué, sino no me importa,
y tengo de irme al momento?

D. DIEGO.

Mucho os quiere esta doncella.

D.ª ELVIRA.

Es mi criada en efecto,
y ha sentido, como es justo,
lo que conmigo se ha hecho:
pero mas necia soi yo
que vos, ingrato y grosero,
en escucharos, y asi
á Dios os quedad don Diego,
y en vuestra vida...

D. DIEGO.

Advertid...

D.ª ELVIRA.

Ya el detenerme es desprecio,

porque es querer engañarme
segunda vez.

D. Diego.

Si tal quiero,
quíteme el cielo la vida.

D.ª Elvira.

Pues si sois cortés, sed cuerdo,
y dejadme, que será
obligarme á que el respeto
os pierda, Lucia vamos.

D. Diego.

Por no cansaros os dejo.

D.ª Elvira.

¡No mas don Diego en mi vida!
Un volcan llevo en el pecho. (Ap.)

ESCENA XVIII.

Don Diego y Monzon.

D. Diego.

Si no pierdo ahora el juicio,
no es posible que le tengo.
Monzon. ¿qué es esto?

Monzon.

Pues yo
¿Cómo tengo de saberlo?
Para el puto que dijera (Aparte.)
que lo sabe.

D. Diego.

No lo entiendo.
Yo salí de aqui denantes
por Elvira, y cuando vuelvo
hallo dentro una muger,
y ha un año y mas que no veo

en Madrid dama ninguna
que pueda con tal despecho
hacer papeles conmigo.

MONZON.

Lo que yo, señor, sospecho
es, que la misma que vino
esotra noche pidiendo
contra su esposo favor...

D. DIEGO.

Yo tambien asi lo entiendo,
mas si ella me quiere algo,
¿con que fin, ó con que intento,
se va sin decirme nada,
y sòlo viene, en viniendo
doña Elvíra, que parece,
que estan las dos de concierto
para quitarme la vida
despues de quitarme el seso?

ESCENA XIX.

DON DIEGO MONZON y D.a ISABEL.

Da. ISABEL.

¿Está mi señora aqui?

D. DIEGO.

No, que fueron sus estremos
tales, que aun no quiso oirme
una razon.

D.a ISABEL.

Hizo en eso
mui como mujer de bien.

D. DIEGO.

Pues dí ¿yo qué culpa tengo?
mas si supiste quien era,
ya que la fuiste siguiendo,

dímelo para que vaya,
y la diga...

D.ª Isabel.

Y fuera bueno,
¿qué primero que á mi ama,
cuando de leal me precio,
os dijera lo que he visto?

D. Diego.

¿Qué importa? Yo te prometo
de no decirlo en mi vida
si en eso puede haber riesgo,
y toma para una gala.

Monzon.

Si lo dice yo me pierdo. (Apart

D.ª Isabel.

Ahora bien: esto se va (Aparte
á mi gusto disponiendo,
quiero parecer criada,
y tomar este dinero
para decir persuadida,
lo mismo que yo deseo.

D. Diego.

¿Qué dices?

D.ª Isabel.

Que en tu palabra,
como en fin de caballero,
confiada lo diré.

D. Diego.

Ya te escucho.

D.ª Isabel.

Estame atento:
apenas salí de aqui,
cuando á cuatro casas veo,
que está un coche cercado,
de pajes, y de escuderos,
y que la dama encubierta,

que salió de este aposento,
á toda prisa se entraba
en él, mas reconociendo
que yo siguiéndola iba,
con rostro afable y sereno,
me dice, que entre en el co...
que quiere hablarme en secreto;
y apenas, aunque turbada
por no saber el intento,
el pié pongo en el estrivo,
y en una almoada me siento,
cuando...

D. Diego.

¿Qué?

D.ª Isabel.

Se descubrió,
y un rostro miré tan bello,
...ue recelando el peligro
...olví á mirar al cochero,
...emiendo nos despeñase
...uando partiese lijero,
...orque para ser faetonte,
...iendo el sol el que iba dentro,
...e pareció, y con razon,
...ue tenian lo mas hecho.

Monzon.

Y eso vístelo tu propia?

D.ª Isabel.

Pues qué quieres para ello?

Monzon.

...uiero dar gracias á Dios,
...e que callo, y no rebiento. (Aparte.)

D. Diego.

...ime por menor las señas.

D.ª Isabel.

...ia es, señor, de mi cuerpo,

6:

con un alma en cada accion,
y una vida en cada acento:
ojos, aunque no mui grandes
vivos, hermosos, y negros;
pelo entre negro y castaño,
y tambien rizado el pelo,
que parece que la envidia,
sino la sirvió de espejo,
la dió el fuego para el molde,
y sopló amor el fuego.
Era morena de cara,
mas no era en ella defecto,
sino fuerza, que si el sol
hace de lo blanco negro,
sin duda alguna de andar
ella al de sus ojos mesmos,
desde el dia que nació
se le pego lo moreno,
y asi fue delito propio
lo que en otras es ajeno.
Ella en efecto es un anjel,
y trae consigo lo bueno
tal fuerza, que aunque yo iba
á ser su fiscal, en viendo
su hermosura me temple;
y mas, señor, cuando abriendo
una caja de rubiés,
que era en círculo pequeño
guarda joyas de las perlas
que estaban pared por medio,
me dijo: ═si es que venis
á verme, como sospecho,
de parte de aquella dama,
decid de que la confieso,
que yo soi la que una noche
entré en casa de don Diego.
porque le adoro, si bien
aun decírtelo no puedo,

y al ir á decir la causa
se atravesó de por medio
en la garganta un suspiro,
y en los dos negros luceros
un par de aljofares vivos,
que se arrancaron del pecho
á ser borrones de nieve,
saliendo de arroyos negros.
Con esto me despedí,
por mas señas que saliendo
del coche, conocí un paje,
por el cual tengo por cierto,
que es su ama una señora,
ilustre por todo estremo,
porque tiene, á lo que pienso,
seis mil ducados de renta
para hacer su casamiento.
Esto es, señor, lo que ví,
y con esto á Dios, que el tiempo
me hace falta, y mi señora,
viendo lo que me detengo
es fuerza estar con cuidado.

D. Diego.

¡Por Dios que es raro suceso!

Monzon.

¡Jesus, y lo que ha ensartado (Aparte).
de mentiras y embelecos!
Alguna lejion de sastres
se la ha metido en el cuerpo,
segun los enredos traza.

D.ª Isabel.

Que me dejes ir te ruego.

D. Diego.

Espera: ¿y no podré ver
á quien tantas penas cuesto,
ya que pierdo á doña Elvira?

D.ª Isabel.

De eso despacio hablaremos
que yo buscaré ocasion
para verte: á Dios.

D. Diego.

El cielo
te deje lograr tus años.

D.ª Isabel.

Famosamente se ha hecho. (Vase

ESCENA XX.

Don Diego, y Monzon.

D. Diego.

¿Qué dices de esto Monzon?

Monzon.

Que eres un gran majadero
en haber creido tantos
embustes sin fundamento.

D. Diego.

¿Qué dices?

Monzon.

Que aunque me mates
no puedo señor, no puedo
dejar de alumbrarte el poco
que tiénes entendimiento,
diciéndote lo que pasa:
mas esto con tal concierto
que prometas perdonarme.

D. Diego.

Si prometo, dilo presto.

Monzon.

Pues digo que cuanto ha dicho

esa pícara, es enredo:
porque la mujer que estaba,
no hace mucho, allá dentro,
es una pobre fregona
que está á la vuelta sirviendo
á un ajente de negocios.

D. Diego.

¿Estas loco?

Monzon.

Aquesto es cierto,
porque yo la ví la cara.

D. Diego.

Pues dí bárbaro ¿á qué efecto
hasta mi cuarto se entró
estando cerrado?

Monzon.

Eso
ella lo dirá despues.

D. Diego.

¿Pues cómo estando sirviendo
anda en traje de señora?

Monzon.

Porque ha de ir hoi á un bateo
con otras amigas suyas,
y los vestidos se ha puesto
de su ama. Aquesto ha sido.

D. Diego.

Y esotra dí; ¿con qué intento
me ha dicho tantas locuras?

Monzon.

Eso dicho se está ello,
con intento de probarte,
y saber tu pensamiento.

D. Diego.

¡Mas que he de perder el juicio
con aquesto!

MONZON.

No hayas miedo.

D. DIEGO.

¿Por qué?

MONZON.

Porque no le tienes,
ni es cosa de caballeros.

D. DIEGO.

¿Agora me hablas de burlas?
matárete vive el cielo.

MONZON.

No harás tal, porque sabré,
tomar las de villadiego.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

ÉS en traje de criada, don DIEGO y MONZON.

MONZON.

Ya tienes delante á Juana,
que dirá lo que hai en esto:
llega hermana, llega presto.

INES.

Poco á poco eso de hermana.

D. DIEGO.

Dime Juana la verdad,
pues, ves del modo que estoi,
que mi palabra te doi,
aunque fue temeridad
entrar en mi casa asi,
de no enojarme de nada.

INES.

Pues en eso confiada
digo señor, que yo fui
la que salí esta mañana
de tu cuarto.

MONZON.

Huélgome,
pues verás no te engañé.

D. DIEGO.

Es verdad, ¿mas dime Juana,

tu no abriste este aposento
para entrar?

INES.

Tu lo dijiste.

D. DIEGO.

¿Pues con que llave abriste?
¿O cuál fue tu pensamiento?
habla no estés temerosa.

INÉS.

Pues digo.....

D. DIEGO.

Dí.

INES.

Que una dama,
que no sé como se llama,
aunque sé que es mui hermosa,
dándome un dia una llave
me ofreció cincuenta escudos
que hacen hablar á los mudos,
si con paso lento y grave
y en hábito diferente,
mui airosa, y mui galana,
entrase aqui esta mañana
sin que me viera tu jente
hasta tu cuarto: yo entonces
sus lágrimas enjugando
que enternecierán los bronces,
y tanto escudo mirando
y mas en un tiempo tal,
que hai mujer hermosa y tierna
que entrará en una cisterna,
si se ofrece, por un real,
vestime, tapeme, entré,
santigüeme, el cuarto abrí,
senteme, abriste, salí,

y los cincuenta pesqué:
fue allá Monzon en volandas
háblele con claridad
vine, y dije la verdad:
mira si otra cosa mandas.

D. Diego.

Que tomes por que se vea (La da una sortija).
que no estoi mui ofendido;
no hai que hablar, verdad ha sido
cuanto dijo Dorotea.

Monzon.

¿Y es cierto que ha de venir?

D. Diego.

Asi me lo ha segurado.

Ines.

Lindamente se ha trazado. (Aparte).

D. Diego.

Monzon, yo me quiero ir,
ten cuidado hasta que venga.

ESCENA II.

Ines y Monzon.

Monzon.

Vive Dios que eres demonio
para cualquiera suceso.

Ines.

Valgo yo lo que me peso.
para un falso testimonio: (Aparte).
¿Mas dime, que dama aguarda
tu señor, y sin mentira?

Monzon.

Es una moza de Elvira.

INES.

¿Y es alentada? ¿Es gallarda?
por que no quisiera....

MONZON.

Tente,
que contigo todo es poco,
y fuera de eso es un coco.

ESCENA III.

Don DIEGO, doña ISABEL, INES y MONZON.

D.ª ISABEL.

Cualquiera dirá que miente,
en sabiendo que á ser vengo,
yo la mujer que ofendió.

MONZON.

Eso jurábalo yo
por la ventura que tengo.

INES.

¿Pues qué importa reina mia,
que mienta, ó diga verdad,
un hombre con voluntad?

D.ª ISABEL.

Importa la cortesía,
por que á poder importar,
mas no es menester decir,
que no me puedo abatir
á una presa tan vulgar.

INES.

Pues mire: pero ha venido
tu amo, y me voi por eso.

MONZON.

Trájico ha sido el suceso.

INES.
Linda cólera he perdido. (Vase).

ESCENA IV.

Doña ISABEL, don DIEGO y MONZON.

D. DIEGO.
¡Dorotea!

D.a ISABEL.
¡Señor mio!

D. DIEGO.
¿Es posible que acertaste
á esta casa? No lo creo.

D.a ISABEL.
Ya sé el favor que me haces,
pero quien sirve no es libre.

D. DIEGO.
¿Y cómo va de pesares
por allá? ¿quiere esa dama
cansarse ya de matarme?
¿hase ya desengañado
de que no es bien que me trate
con tal rigor? ¿No respondes?

D.a ISABEL.
Harto he dicho con no hablarte;
no me preguntes por Dios
nada, que es apasionarme
por que aunque es mi ama, estoi
de tus liberalidades
tan obligada, que siento,
perdona si me enojare,
que tenga tan mal estilo
con un hombre de tus partes.

D. Diego.

¿Pues qué ha sido?

D.ª Isabel.

Ser mujer,
y ser ella tan mudable
que se ha casado con otro
ó está ya para casarse.

D. Diego.

Difunto estoi; mal ha hecho.

D.ª Isabel.

¿Cómo mal? con no importarme
estoi yo que pierdo el juicio.
Caso es, señor, reparable
por que sobre no ser facil
que se haya visto ni en Flandes,
ha dado á entender que nunca
te quiso, que quien no sabe
aguardar una disculpa,
sufrir tal vez un desaire,
y perder de su derecho,
ó no es verdadero amante,
ó es su amor tan melindroso,
que por no dejar curarse
enferma de los recelos
y muere de los achaques.

D. Diego.

Pues bien ¿ahora qué dice?

D.ª Isabel.

¿Qué ha de decir? disparates.
Llámome aquesta mañana,
mujer en fin, no te espantes,
y dióme aquestos papeles
diciendo mui al desaire:
Dorotea, dí á ese hombre,
que los queme ó que los rasgue,
y que en su vida me vea: (Se los dá).

esto te vengo á traer,
y esto otro vengo á rogarte
mira que quieres que diga :
parece que la ha hecho sangre, (Aparte).
en el alma, mas no importa.

D. Diego.

Dí, si quisiere escucharte,
que se vengó mui aprisa,
que luego el cielo me falte.
si tuve culpa en su enojo,
ni la he ofendido con nadie,
y dila tambien, ¡ai triste!
que sepa sino lo sabe,
que me caso yo tambien.

D.ª Isabel.

¿Con quien señor?

D. Diego.

Con un anjel,
y con una dama en fin,
si no mejor, mas constante,

D.ª Isabel.

¿Y es verdad eso que dices?

D. Diego.

Yo siempre trato verdades.

D.ª Isabel.

¿Y quien es aquesa dama?

D. Diego.

Aqui la que me pintaste
tan rica, hermosa, y discreta
noble, señora, y afable.

D.ª Isabel.

Acabára yo de hablar, (Aparte.)
apenas me quedó sangre
en todo el cuerpo ¡Jesus,
y que susto me costaste!

D. Diego.

Y asi, pues sabes quien es,
dime, dimelo al instante
vengáreme de esa ingrata,

D.ª Isabel.

Todo á mi gusto sale: (Aparte.)
la casa yo no la sé
de cierto, mas por el paje,
pienso que la acertaré.

D. Diego.

Pues dila, asi Dios te guarde.

D.ª Isabel.

Bien ves la calle de Atocha,
y en medio de ella...

D. Dieggo.

Adelante.

D.ª Isabel.

La Madalena.

D. Diego.

Ya entiendo.

D.ª Isabel.

Pues en esa misma calle
vive á cuatro ó cinco casas;
pasa por alli esta tarde,
que ella te quiere de modo,
que en viéndote, hará llamarte,
y sabrás cuanto deseas
para alibiar tus pesares.

D. Diego.

¡Ai Dorotea, si fuese
tan linda!

D.ª Isabel.

No te acobardes:

D. Diego.

Como tu.

D.a Isabel.

Donaire tienes.

D. Diego.

¿ Pues porqué ?

D.a Isabel.

Porque en donaire,
en belleza , gracia , y brio,
cara , entendimiento , y talle,
es como el cielo , y la tierra,
si bien aunque desiguales,
en algo nos parecemos.

D. Diego.

Pues entonces será un anjel.

Monzon.

¿ Luego crees lo que te dice ?

D.a Isabel.

Piensa el ladron , y esto baste.

ESCENA V.

recedentes , y al volverse doña Isabel hácia Monzon , sale don Cesar.

D. Cesar.

Si habeis de salir de casa..,
¿ mas que es lo que miro?

D.a Isabel.

Con todo dimos al traste (Aparte).

D. Diego.

¿ Qué es lo que decis ?

D. César.

Dejadme
que me espante de mi mismo.

D.ª Isabel.

Si agora me recatase (Aparte).
fuera aumentar la sospecha,
y asi sin mudar semblante,
me tengo de despedir
de los dos.

D. César.

¡Caso notable!

D.ª Isabel

Señor don Diego, yo pienso,
fuera de ser mui tarde,
que os canso, y asi me voi,
que yo prometo de darle
vuestro recado á mi ama:
aunque no como mandastes, (Aparte.)
y advertid, que si con bien,
aquel pleiteecillo sale,
que mis guantes no perdono.

D. Diego.

Mas pienso darte que guantes.

D.ª Isabel

Y con esto, á Dios don Diego,
y cuidado con la calle:
ha, si, que se me olvidaba.
del amigo de denantes, (A don Cesar
guarde Dios á su merced.

D. César.

Y tambien á vos os guarde,

Monzon.

¿Y no hai para mi siquiera
un besamanos que darme?

D.ª Isabel.

¿Quiere cuatro manotadas?

Monzon.

No en mi conciencia.

D.ª Isabel

Pues calle;
grande ha de ser, si se acierta, (Aparte.)
la tramoya de esta tarde. (Vase.)

ESCENA VI.

Don Diego, don Cesar y Monzon.

D. Cesar.

¿En efecto está es criada
de Elvira?

D. Diego.

Si.

D. César.

Perdonadme,
que á no decírmelo vos,
no lo creyera de nadie;
porque es de una dama mía
retrato tan semejante,
que no se parece tanto,
aunque la desmienta el arte,
á si misma esta muchacha
en la cara, y en el talle,
como á la dama que digo.

D. Diego.

No fuera milagro grande,
¿mas sabeis lo que he pensado?

D. César.

¿Qué?

D. Diego.

Que sois tan fino amante
que cuantas veis se os antojan,
esa dama, humilde, ó grave,
dígolo porque tambien
verme ayer noche entrastes,

y dijisteis que la dama,
por quien sucedió aquel lance
era la vuestra.

D. César.

Es verdad.

D. Diego.

Y me informastes denantes,
que se ha ido á Guadalupe,
y es cierto que la que hallastes
no ha salido del lugar,
pues he de verla esta tarde.

D. César.

¿Y adonde vive esa dama
porque mis dudas se acaben?

D. Diego.

Vive en la calle de Atocha.

D. César.

Basta: yo pude engañarme,
que esotra no está en Madrid,
y cuando aqueso faltase,
vive en los combalacientes.
Cosas suceden notables;
pero vamos á Palacio
antes que el tiempo se pase.

D. Diego.

Donde quisiéredes vamos.

D. César.

Amor, ya que asegurarme (Aparte).
de mis celos has querido,
traeme al sol que me llevaste.

D. Diego.

Amor, ya que doña Elvira (Aparte).
el pico, y las alas bate,
mariposa de otra hoguera
haz, de modo que yo alcance,
á saber quien es la dama

que tantos cuesto pesares,
porque sepa á quien los debo,
y agradecido los pague.

ESCENA VII.

SALA EN CASA DE DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA y LUCIA.

D.ª ELVIRA.

Esto ha de ser, ninguna me aconseje,
si de su amor no quiere que me queje;
ya yo sé, que si admito el casamiento
ha de ser para mi tanto tormento,
que solo ha de igualar á mis enojos
las lágrimas vertidas de mis ojos:
aun esas no podrán hacer iguales
sus fuentes á mis males,
que las lágrimas salen finalmente,
con que se va agotando su corriente;
pero las penas no, que á su despecho
se estan siempre en el pecho:
y asi en tormento tanto
primero que el dolor, faltará el llanto
porque en fin aunque en algo las escedan,
ondas raices en el pecho quedan.
Ya yo sé que me pierdo si me caso,
pues por don Diego á mi pesar me abraso.
mas si ingrato don Diego
á tanta voluntad, y á tanto ruego,
me aborrece, y desprecia,
¿qué importa si él es loco, el ser yo necia?
El me ofende en efecto
con una dama que ama de secreto,
Dorotea la ha visto, y la ha seguido,
aunque saber su casa no ha podido;

porque al irla siguiendo dilijente
se le pudo perder entre la jente,
¿pues qué puedo aguardar en tal disgus
sino quejarme de su amor injusto?
Venza el honor, y cáseme forzada,
porque es el verse una mujer vengada,
cuando el rigor de un hombre la atropel
tal gusto para ella,
aunque llore despues el descontento
que trae hecho á disgusto un casamie
que llevára el disgusto de casarse
por el gusto que tuvo de vengarse.
Y asi pues don Diego me ha ofendido,
y tantas veces me ha persuadido
mi tio, que á don Pedro de la mano,
rico, galan, airoso, y cortesano,
hoi he de ser su esposa,
aunque despues no sea venturosa.

ESCENA VIII.

Dichos, doña Isabel, Julio, é Inés.

D.ª Isabel.

¡Esto os admira!
No solo ha de ir don Diego, sino Elvira,
segun está trazado.
¿Tú Julio no has estado
con doña Inés ahora?

Julio.

Ya te he dicho, señora,
que sabe lo que pasa,
y que te ha de prestar por hoi su casa.

D.ª Isabel.

¿Tu llevaste el vestido?

INÉS.

Todo está desde ayer apercibido.

D.ª ISABEL.

Pues si todo está hecho,
y lo que falta por hacer sospecho
que no tiene ninguna
dificultad, si ayuda la fortuna,
haced lo que sabeis sin que se sienta,
y lo demas dejarlo por mi cuenta.

D.ª ELVIRA.

¿Dorotea?

D.ª ISABEL.

¡Señora!

D.ª ELVIRA.

¿Vienes sola?

D.ª ISABEL.

Al salir encontré ahora
à mi padre, y hermana,
y viénense conmigo hasta mañana,
porque si se conciertan estas bodas
seremos menester todos y todas.

D.ª ELVIRA

¿Hablaste á aquel hidalgo?

D.ª ISABEL.

Ya le he hablado

D.ª ELVIRA.

¿Y los papeles?

D.ª ISABEL.

Ya se los he dado,

D.ª ELVIRA.

¿Y que te respondió?

D.ª ISABEL.

No lo creyera,
si con mis mismos ojos no lo viera,

mas es hombre, ¿que mucho
que hiciese como tal?

E.ª Elvira.

Difunta escucho.

D.ª Isabel.

Llegué, llamé al criado,
entré allá dentro, dile tu recado,
y con él los papeles, que don Diego
recibió con muchisimo sosiego,
sin mudar el color, ni la tonada,
señal que se le daba poco ó nada,
y torciendo la boca,
cuando yo de mirarle estaba loca,
me respondió: decidla á aquesa dama,
que ya no sé, y si sé, como se llama,
que se enseñe si quiere ser dichosa,
á no ser tan cansada y melindrosa,
porque despues cuando mi esposa sea
lleve con mas cordura lo que vea,
porque justo ó injusto
siempre he de hacerlo que me diere gusto

D.ª Elvira.

¡Eso dijo con ese desenfado!

D.ª Isabel.

Pues aun yo lo he pulido, y lo hé dorado,
porque aun peor lo dijo que lo digo.

D.ª Elvira.

Pues si le vieras tu casar conmigo,
dí que el mundo me llame
la mujer mas infame,
y mas con esto nuevo que te escucho.

D.ª Isabel.

Pues si yo no me holgare mas que mucho,
y mas con lo que oigo de tu boca,
de que soi una necia y una loca. (Ap.

D.ª Elvira.

Y al fin ¿que respondiste á aquese ingrato?

D.ª Isabel.

Nada, porque al reñirle su mal trato
con mucha gallardia,
la dama entró que viste el otro dia,
y despedime viendo que entraba.

D.ª Elvira.

¡Bravo despejo!

D.ª Isabel.

¡Y desvergüenza, bravo!

D.ª Elvira.

Pues mira aunque hai mujeres que con celos
aumentan sus desvelos,
y riden con mas fuerza el albedrio
yo en viendo mis agravios me resfrio,
de suerte que si viera
yo á esa mujer, y de ella en fin supiera
su amor, y el de don Diego,
á don Diego olvidara desde luego.

D.ª Isabel.

¿Pues ai mas que ir á vella?

D.ª Elvira.

Bien lo adoba.

Inés.

¿Luego sabes quien es?

D.ª Isabel

¿Pues soi yo boba?
A mi padre, rogué que la esperase,
y hasta saber su casa no parase,
y contigo se irá.

Julio.

De buena gana.

D.ª Elvira.

Pues mira, con tu hermana

te quedarás tu en casa, y si viniere
mi tio, le dirás que un rato espere,
que á la calle Mayor, para estos dias,
salí á comprar algunas niñerias,
que yo vendré volando.

D.ª Isabel.

Bien has dicho,
Juana.

Inés.

Ya entiendo, á Dios.

D.ª Isabel.

Lo dicho dicho.

D.ª Elvira.

Pues ven porque me vayas por un coche.

D.ª Isabel.

Gran tela se ha de undir aqui á la noche. (*)

ESCENA IX.

Decoracion de calle.
Don Diego y Monzon.

D. Diego.

¿No dijo que á cinco casas?

Monzon.

Si señor.

D. Diego.

Pues esta es.

Monzon.

Ya te he dicho que no son
fiestas de guardar las que
aquesta doncella dice.

D. Diego.

Si, ¿mas qué puedo yo perder

(*) Aparte.

en andarme paseando
hasta dos horas, ó tres,
esta tarde por aqui
pues qué no tengo que hacer?

MONZON.

Eso nada, y porque el tiempo
se pase con mas placer,
hablemos de alguna cosa.

D. DIEGO.

No tengo Monzon de qué.

MONZON.

Finjamos una mentira
grande, estupenda, cruel,
que decir en san Felipe,
y en tal mentidero dé,
conversacion, y veras,
que por todo aqueste mes
no se hablará de otra cosa,
como es decir, que el ingles
degolló cien mil gallegos;
que encubierto el Dei de Arjel,
tiene meson en Illescas;
que se murió un jinovés,
de asco de un real de á ocho,
porque no los pueden ver;
que se ha de acabar el mundo
á mas tardar en un mes,
y veras que se confiesan
todos, á mas no poder;
ó en efecto, que esta capa,
que tu estrenastes anteayer,
y te costó tu dinero
en casa del mercader,
no es tuya, que aunque es dislate
habrá mequetrefes que
lo digan, y majaderos
que lo lleguen á creer,

porque el vulgo al fin es vulgo.
y ha de hacer como quien es.
Mas de aquella casa un hombre
sale de buen parecer,
y hácia nosotros se viene.

ESCENA X.

Don Diego, Monzon, y un Criado.

CRIADO.

Sin duda alguna que es él.

D. DIEGO.

¿Mandais algo caballero?

CRIADO.

Quisiera, señor, saber
si sois don Diego de Vargas.

D. DIEGO

Sí: yo soi.

CRIADO.

Pues doña Ines
de Garibai, mi señora,
os suplica, que os lleguéis
á aquella casa de enfrente.

D. DIEGO.

Voi á obedecerla, ven.
Notable ventura ha sido.

MONZON.

Como suceda despues.

ESCENA XI.

SALA DE CASA DE DOÑA ISABEL.

ña ISABEL mui bizarra, doña ELVIRA tapada, y LUCIA.

D.ª ISABEL.

Ya he dicho que no he de hablaros
una palabra sin ver,
señora, quien sois primero.

D.ª ELVIRA.

Por eso no os enojeis: (Se descubre).
veísme aqui.

D.ª ISABEL.

Mui mal estais
con vuestra hermosura, pues
querer encubrirla ha sido
ofender su candidez,
y aun dar que decir al manto
que aunque lo encubre lo vé.
¡Qué hermosura! ¡qué cabeza!
¡qué aliño! ¡qué linda tez!
¿qué os poneis por vida mia
en la cara? ¿qué os poneis?
que es el color por estremo:
¿pero de que os suspendeis?
¿qué tengo que me mirais?

D.ª ELVIRA.

Mucha hermosura teneis,
pero sois, menos el traje,
sí, tan parecida.

D.ª ISABEL.

¿Aquien?

D.ª Elvira.

A una criada que tengo,
que apenas posible es,
que no piense que sois ella.

D.ª Isabel.

Eso me ha dicho tambien
cierto galan, pero ahora
yo soi quien mas lo diré,
pues hasta en el ser criada
vuestra, me pareceré.

D.ª Elvira.

Yo lo he de ser, y lo soi.
Mas porque tengo que hacer
decidme.

D.ª Isabel.

En aquella silla
os diré lo que quereis. (Se sientan).

D.ª Elvira.

¡Que cortés, y que entendida!
pues digo ¡ai Dios! que á saber
he venido solamente.
si á don Diego conoceis
de Vargas, un caballero
de Madrid.

D.ª Isabel.

Quedo, tened,
que él responderá por mí.

ESCENA XII.

Los precedentes, don Diego, Monzon y un criado, tápase con el manto doña Elvira.

D. Diego.

Rendido, humilde, cortés,

sabiendo que vos gustais......

D.ª Isabel.

Aguarde vuestra merced
mientras despacho esta dama,
que luego seré con él.

D. Diego.

En todo haré vuestro gusto.
¡ Notables cosas se ven
Monzon !

Monzon.

No me digais nada
porque el juicio perderé.
¿ Y de donde es esta dama?

Criado.

De las Indias.

Monzon.

Larguillo es.

ESCENA XIII.

Doña Elvira, doña Isabel y Lucia.

D.ª Isabel.

Con esto sin responderos
que lo conozco sabreis:
adelante.

D.ª Elvira.

Cuanto dijo, (Aparte).
Dorotea verdad fue,
¡ Muerta estoi! pues digo en suma
que aqueste mismo que veis
á un año que me enamora.

D.ª Isabel.

Deteneos, que ya sé
que me quieres preguntar

lo que ha habido entre mi y él,
y para atajar razones
brevemente os lo diré.
Yo soi criolla, y en la
ciudad de santo Tomé
nacida, de nobles padres,
por su muerte ¡que desdicha!
deles Dios descanso, amen:
mi primer cuna dejé,
y con mas de cien mil pesos
para España me embarqué:
vine á Madrid, y don Diego
me ennamoró, yo mujer,
y el galan, dicho se está
lo que pudo suceder.
Parecióme á los principios
mui fino en el bien querer,
que el año del noviciado
el amante mas infiel
puede apostar en ternura
con cualquiera portugués,
pero despues me salió
¡ai de mí! tan al revés,
que le he visto á un mismo tiempo
andar revuelto con diez,
que sin jurar de gran turco
no sé como pueda ser;
pero en efecto es verdad,
si á su casa voi, tal vez,
varias mujeres encuentro
de bueno y mal parecer,
si bien de todas sus damas
en su casa vengo á ser,
yo, señora, la mayor;
¿quién duda que pregunteis
la causa por que lo sufro?
yo respondo que por ser,
ó haber sido tan liviana,

que de mi honor le entregué
la mejor joya, y así,
hasta cobrarla estaré
sufriendo sus sinrazones;
que sin duda es mui cruel,
pues no le mueven tres hijos
que el cielo me dió despues,
y todos como los dedos
de la mano: aquesta es
mi historia; si os galantea
guardaos de él, y agradeced
á mi amor el desengaño,
para no veros por él
sin honor, y con tres hijos,
como yo me vengo á ver. (Se levantan).

D.ª Elvira.

Agradezcoosla de modo
que eternamente estaré
reconocida á tan grande
y señalada merced,
y en pago de ella os prometo
que por mi parte tendreis
á don Diego tan seguro,
que en mi vida le veré.

D.ª Isabel.

Eso es lo que yo deseo. (Ap.)

D. Elvira.

Pero porque detener
no me puedo, Dios os guarde,
que otro dia volveré
mas despacio á visitaros.

D.ª Isabel.

Salud los cielos os den.

D.ª Elvira.

Líbreme Dios de tal hombre:
aun no lo puedo creer.
Ven Lucía; anjel ha sido
para mí esta mujer.

ESCENA XIV.

Doña Isabel, don Diego, Monzon, y Criado.

CRIADO.

Ya está aquí este caballero.

D.ª ISABEL.

Señor mio, ya lo veis,
aquesta visita ha sido
causa para no poder
hablaros como quisiera,
ni como era menester;
porque yo..... ¡mas ai de mí!
¡ai de mí! señor, que aquel
que ha entrado ahora es mi hermano

D. DIEGO.

Pues bien, ¿qué habemos de hacer?

MONZON.

Aprisa que tengo azar
con hermanos.

D.ª ISABEL.

Que os entreis
en esa cuadra entre tanto
que os avisan, y despues
vedme.

D. DIEGO.

Si haré, que hasta ahora
no sé lo que he de saber,
¿como os llamais?

MONZON.

Dorotea.

D.ª ISABEL.

No tal, sino doña Inés....,

MONZON.
Para mi todo ello es uno.

D.ª ISABEL.
Mas mi hermano....

MONZON.
Señor, ven

D.ª ISABEL.
Pues á Dios don Diego.

D. DIEGO.
Adios,
mi señora doña Inés.

D.ª ISABEL.
Yo me voi á desnudar,
mientras ellos á esconder.

ESCENA XVI.

SALA EN CASA DE DOÑA ELVIRA.

INÉS, sola.
Ya es hora que mi señora
acabara de venir;
que solamente el reir
la burla nos falta ahora:
no hai que hablar, gracioso lanze
habrá sido ver la dama,
á mi ama con su ama,
sin que lo entienda ni alcance,
y lo mejor ha de ser
que á su casa ha de tornar
á quererlo averiguar;
mas confusa se ha de ver,
porque cuanto doña Elvira
dejó á mi ama encargado
tengo hecho y acabado,

y un alguacil á la mira
quedó de la casa y calle,
para en viéndola salir
con el tal coche, embestir,
y dicho y hecho, embargalle,
denunciándola, porque
no es suyo el coche que lleva,
y la premática nueva
manda que á nadie se dé,
y entre tanto lugar tenga
de volverse á desnudar,
y en casa la pueda hallar.
cuando doña Elvira venga.
Señoras, esto es querer
que en amando así de fino,
no hai humano desatino
que no intente la mujer;
bien se vé por la esperiencia,
pues mi ama por amar
sirve á quien puede mandar,
sufriendo la impertinencia,
el martirio y el rigor
de madrugar mui aprisa
á prevenir la camisa
que está en el enjugador:
el tocar á la señora,
que no es el menor trabajo,
el illa asentando el ajo,
aunque sea por un hora,
el llevalla el azafate,
con el de caza pañuelo
bañado en agua del cielo,
y luego para remate
de uno y otro embarazo,
no ha podido escusarse
el haber de ir á sentarse
á labrar en cañamazo,
que es la desdicha mayor

que la sige á una doncella.
Pero mi ama es aquella,
con esto perdí el temor,
que una vez acá y denoche
no hai quien pueda averiguar
si ha podido ó no faltar.
Mas allí ha parado el coche,
¿si es doña Elvira? ella es,
¡miren si un poco tardara!
mesuro el cuerpo y la cara
para reirme despues.

ESCENA XVI.

doña Elvira y Lucia, quitándese los mantos.

D.ª Elvira.

Toma el manto; no mas coche
prestado en toda mi vida.

Inés.

Bien lo hizo el alguacil. (Ap.)

D.ª Elvira.

Por lo que yo lo sentia
no era por la vejacion,
sino porque me impedia
el verme con Dorotea,
porque pienso que es la misma
que hemos hablado esta tarde,
y mi hacienda apostaria
que no la hallando en casa
lo cierto, amiga, sabria;
mas allí su hermana está.
¿Es Juana?

Inés.

¡Señora mia!

D.ª Elvira.

¿A donde está Dorotea?

Ines.

Ahora allá dentro iba.

D.ª Elvira.

¿Alla dentro?

Inés.

Si señora.

D.ª Elvira.

Pues vé, y llamámela aprisa.

Ines.

Voi á servirte..... Mas ella
viene.

D.ª Elvira.

Estraña maravilla.

ESCENA XVII.

Dichas, y doña Isabel en traje de don
de labor, con unas naguas en la mano,
mo que las está cosiendo.

D.ª Isabel.

Por cierto que conociendo
de tu tio las malicias,
y que yo quedaba en brasas,
por lo que decir podria,
que no has tenido razon
en tardarte.

D.ª Elvira.

No me riñas,
sino dime lo que has hecho.

D.ª Isabel.

Lo primero, en la jaulilla.

puse el pelo que me diste;
acábete la camisa
de Cambrai, doblé los lienzos,
y estas naguas de beatilla
de aderezar acababa.

D.ª Elvira.

No te has holgado. Lucia (Ap. á Lucía.)
¿mas qué he de perder el juicio?
mira aquellos ojos, mira
aquella frente, aquel cuerpo,
aquella boca.

Lucía.

Es la misma.

ESCENA XVIII.

Las mismas, don Diego, don César, y Monzon.

D. César.

Presto, don Diego, saldremos
vos y yo de aquesta enigma.

Monzon.

Y yo y todo que tambien
ando loco á letra vista.

D. César.

¿Elvira?

D.ª Elvira

¿Señor don César?

D. César.

No os admire esta visita,
que sabiendo que os casais,
fuera accion mal parecida
no daros el parabien.

D.ª Elvira.
Ya sé vuestra cortesia.

D. Diego.
Yo tambien.

D.ª Elvira.
No hablo con vos.

Monzon.
Alli está.

D.ª Isabel.
Todos se admiran.

D. César.
¿Habeis estado esta tarde
en casa?

D. Elvira.
Pues quién tenia
las bodas tan á la puerta,
¿como dejalla podia?

D. Diego.
¿Y esta doncella?

D.ª Elvira.
Tambien.

Monzon.
Es mui gran bellaquería
que la he visto yo.

D. Diego.
Detente.

Monzon.
Miren que flema, por vida...

D.ª Elvira.
Señor don Diego, si ha sido
para hacerme esta visita
ocasion del parabien,
ya está la traza entendida:
y asi, vayase á su casa,
y cuide de su familia;

porque un hombre con tres hijos
y obligaciones antiguas,
no es cosa que le conviene
andar en garzonerias.
Y porque vuestra merced,
aunque se enoje, y se admira,
sè que me entiende mui bien
no digo otras niñerias,
de señora la mayor,
que es la dama de las Indias;
mas solamente le advierto,
para que todo se díga,
que doña Inés Garibay,
es mui grande amiga mia,
y que si por mi está tibio,
en querella, y en servilla,
que no lo deje por eso,
porque ya mi amor le olvida,
tanto, que sino me engaño
sube la escalera arriba
mi tio, y con él don Pedro
de Puerto Carrero y Silva,
para hacer las escrituras;
no se vaya porque sirva
con los demas de testigo
de sus celos y mis dichas;
y con esto á Dios.

ESCENA ÚLTIMA.

precedentes menos doña ELVIRA y LUCÍA.

D. DIEGO.

Detente,
oye, aguarda, y dime Elvira

que tramoyas son aquestas
con que el sentido me quitas.
¡Yo doña Inés! ¡Yo tres hijos!

D.ª Isabel.

Sosiegate por mi vida.

D. Diego.

Comò puedo ¿si la escucho
tantos disparates?

D.ª Isabel.

Mira
que no lo ha sido del todo,
porque haí testigo de visita
que la ha dicho cuanto has hecho.

D. Diego.

Si hoi fue la primer vísita
que hice á la dama que sabes,
¿cómo se muestra ofendida
diciendo que tengo ya,
hijos, muger y familia?

D.ª Isabel.

¿Pesate?

D. Diego.

No pesára,
si es ella como la pintas.

D.ª Isabel.

Pues oye César.

D. Cesar.

Ya escucho.

D.ª Isabel.

Si hubiese en aquesta villa,
que puede ser, una dama
mui amada, y mui querida
de tí, que amase á don Diego
por servirle, y por servirla,

¿llevarias bien su amor?

D. CESAR.

Y aun se lo agradeceria.

D. DIEGO.

¿Porqué lo dices?

D.ª ISABEL.

Escucha.

¿Doña Isabel de Molina
es noble?

D. CÉSAR.

Basta su nombre
sin que otra cosa se diga.

D.ª ISABEL.

¿Es hermosa?

D. CÉSAR.

Como tú,
que eres su retrato.

D.ª ISABEL.

¿Es rica?

D. CÉSAR.

Seis mil ducados de renta
tiene.

D.ª ISABEL.

Pues esta es la misma
á quien hablaste esta tarde. (*)
y á quien don César estima.

D. CÉSAR.

¡Cómo! ¿si está en Guadalupe?

D.ª ISABEL.

Vino de la romeria.

D. CÉSAR.

¡Cómo! ¿si vengo yo ahora

(*) A don Diego.

de su casa, y afirmaria?..

D.ª Isabel.

¿Qué has de afirmar si yo soi
doña Isabel de Molina?

D. Cesar.

¿Qué dices?

D.ª Isabel.

Que por don Diego
he servido estos dos dias
á esta dama, hasta vencer
mis celos, y mis porfías.

Monzon.

En el pico de la lengua
lo tuve por vida mia.

D.ª Isabel.

Las trazas, las invenciones,
las quimeras, las mentiras,
que he hecho, sabras despues,
si quieres que las repita.

D. César.

No habiendo yo de ser tuyo,
consiento que aquesta dicha
sea del señor don Diego.

D. Diego.

El cual te ofrece alma y vida. (*)

D.ª Isabel.

Mas entremos allá dentro
pues todo se facilita,
y haráse en breve una boda.

Ines.

Di dos, si Monzon se anima.

(*) A doña Isabel.

D.ª Isabel.

Y aqui acaba la doncella,
de servir á doña Elvira,
y la comedia tambien
cuyo poeta os suplica,
que os parezca tan gustosa,
alegre y entretenida,
que se diga que no es suya,
aunque mienta quien lo diga.

FIN.